

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

NO A MEMOS DE PALABRA, SINO CON OBRAS

I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES
19 DE NOVIEMBRE DE 2017



PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

NO AMEMOS DE PALABRA, SINO CON OBRAS

I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES
19 DE NOVIEMBRE DE 2017

MATERIA PASTORAL



SAN PAOLO

Agradecimientos:

Mons Maurizio Barba, Mons Marco Gandolfo,
S. E. R. Mons Rosario Gisana, Mons. Andrea Lonardo,
Sor Cristina Longinotti

Edición:

don Alessandro Amapani



I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES 2017

No amemos de palabra sino con obras

Presentación

«No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún en gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan, deberían introducirnos a un verdadero encuentro con los pobres y dar lugar a un compartir que se convierta en un estilo de vida» (*Mensaje para la I Jornada mundial de los pobres*, n. 3). Estas palabras del papa Francisco reflejan lo que pasaba por su mente cuando ha querido instituir la *Jornada mundial de los pobres*. La Iglesia no puede ser espectadora pasiva ante el drama de la pobreza, y los cristianos no pueden contentarse con una esporádica y fragmentaria participación para tranquilizar la conciencia. El momento de una acción puede ser

© 2017 Editorial San Pablo s.r.l.

Plaza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milan)

www.edizionisanpaolo.it

Distribución: Diffusione San Paolo s.r.l.

Plaza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milan)

Para los textos del Papa © Libreria Editrice Vaticana

Diseño: Giacomo Travisani

Imagen de la cubierta: Manuscript of La Franceschina, (c.1474),
a chronicle of the Order by Franciscan Jacopo Oddi (d. 1488)
en Perugia, artista desconocido.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación puede ser publicada, reproducida, almacenada o transmitida en sistema alguno mecánico o electrónico, ni fotocopiada o registrada, o en ningún modo divulgada, sin el permiso por escrito de la Editorial.

El Editor ha hecho todo cuanto ha podido para identificar y contactar a los titulares de los derechos fotográficos.

En el posible caso de que se hayan reproducido imágenes pertenecientes a otras personas en este volumen, el Editor queda a disposición de los titulares de los derechos.

signo de una verdadera conversión que conduzca al compartir. En efecto, la palabra clave para entrar en este Mensaje es precisamente *compartir*, la cual se convierte en un estilo de vida. El papa Francisco ha querido ofrecer el ejemplo paradigmático de san Francisco de Asís, el cual no se contentó con abrazar y darle limosna al leproso, sino que comprendió que la verdadera caridad consistía en permanecer al lado, cercano, atento al dolor y al sufrimiento de la enfermedad, como también al malestar de la marginación. La cultura del encuentro se resuelve en el compartir, donde el otro deja de ser un extraño y ahora lo percibo y lo trato como un hermano que necesita de mí.

El Mensaje para la *I Jornada mundial de los pobres* gira en torno al lema y al logo, los cuales tratan de expresar, en un lenguaje simple y directo, la profundidad del contenido que se ofrece. El lema ilumina el logo y, viceversa, el logo concreta y hace efectiva la enseñanza del lema. «No amemos de palabra sino con obras»: esta expresión se encuentra en la Primera carta del apóstol Juan y constituye el prelude al texto culminante en el que por la primera y única vez se revela la naturaleza misma de Dios. «Dios es amor» (1Jn 4,8) afirma el evangelista. Esto se ha demostrado en el envío del Hijo para la salvación de la humanidad. Esta enseñanza no hace sino retomar cuanto Juan había enseñado ya en su Evangelio: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó su Unigénito» (Jn 3,16). En este “entregar” se manifiesta todo el amor del Padre, que no retiene nada para sí, sino que todo lo da, hasta el final y sin fin. Esa Palabra es el Hijo en su existencia concreta que, sobre todo, ha querido revelar su amor para con los pobres, elevándolos al primer puesto en la bienaventuranza de su reino (cfr. Mt 5,3). Así ama Dios: haciendo que su Palabra se convierta en acción y vida.

El logo expresa la doble relación que se instaura ante el pobre. Él está a la puerta y tiende la mano para pedir ayuda. Sin embargo, en la puerta se encuentra con otra persona que tiende la mano porque ella también pide ayuda. Son dos manos extendidas: ambas ayudan. Una impulsa a salir, la otra a dar sustento. Dos brazos que expre-

san la solidaridad y que invitan a no permanecer en el umbral de la puerta, sino a salir al encuentro del otro. El pobre puede entrar en casa, una vez que en el interior de la casa se haya comprendido que la ayuda consiste en compartir.

Presentamos este pequeño instrumento como un simple apoyo para que los sacerdotes y todos los voluntarios puedan vivir con mayor intensidad estos días de preparación a la *Jornada Mundial de los Pobres*. Como ha sugerido el Papa Francisco, que la oración permanezca como fundamento de este compromiso concreto para hacer brotar el valor cristiano de nuestra solidaridad. No le faltará a la caridad y a cuantos están comprometidos con las múltiples formas de pobreza, dar voz a la fantasía creadora que le es propia y así expresar de la mejor manera la atención, la cercanía y el compartir con los pobres.

✠ Rino Fisichella

*Presidente del Consejo Pontificio
para la Promoción de la Nueva Evangelización*



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

*Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
19 de noviembre de 2017*

No amemos de palabra, sino con obras

1. «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1Jn 3,18). Estas palabras del apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. La seriedad con la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las palabras vacías presentes a menudo en nuestros labios y los hechos concretos con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres. Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien, y Juan lo recuerda con claridad. Se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. 1Jn 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. 1Jn 3,16).

Un amor así no puede quedar sin respuesta. Aunque se dio de manera unilateral, es decir, sin pedir nada a cambio, sin embargo inflama de tal manera el corazón que cualquier persona se siente

impulsada a corresponder, a pesar de sus limitaciones y pecados. Y esto es posible en la medida en que acogemos en nuestro corazón la gracia de Dios, su caridad misericordiosa, de tal manera que mueva nuestra voluntad e incluso nuestros afectos a amar a Dios mismo y al prójimo. Así, la misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

2. «Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha» (Sal 34,7). La Iglesia desde siempre ha comprendido la importancia de esa invocación. Está muy atestiguada ya desde las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro pide que se elijan a siete hombres «llenos de espíritu y de sabiduría» (6,3) para que se encarguen de la asistencia a los pobres. Este es sin duda uno de los primeros signos con los que la comunidad cristiana se presentó en la escena del mundo: el servicio a los más pobres. Esto fue posible porque comprendió que la vida de los discípulos de Jesús se tenía que manifestar en una fraternidad y solidaridad que correspondiese a la enseñanza principal del Maestro, que proclamó a los pobres como bienaventurados y herederos del Reino de los cielos (cfr. Mt 5,3).

«Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,45). Estas palabras muestran claramente la profunda preocupación de los primeros cristianos. El evangelista Lucas, el autor sagrado que más espacio ha dedicado a la misericordia, describe sin retórica la comunión de bienes en la primera comunidad. Con ello desea dirigirse a los creyentes de cualquier generación, y por lo tanto también a nosotros, para sostenernos en el testimonio y animarnos a actuar en favor de los más necesitados. El apóstol Santiago manifiesta esta misma enseñanza en su carta con igual convicción, utilizando palabras fuertes e incisivas: «Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herede-

ros del reino, que prometió a los que le aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. Y sin embargo, ¿no son los ricos los que os tratan con despotismo y los que os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: “Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago”, y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta» (2,5-6.14-17).

3. Ha habido ocasiones, sin embargo, en que los cristianos no han escuchado completamente este llamamiento, dejándose contaminar por la mentalidad mundana. Pero el Espíritu Santo no ha dejado de exhortarlos a fijar la mirada en lo esencial. Ha suscitado, en efecto, hombres y mujeres que de muchas maneras han dado su vida en servicio de los pobres. Cuántas páginas de la historia, en estos dos mil años, han sido escritas por cristianos que con toda sencillez y humildad, y con el generoso ingenio de la caridad, han servido a sus hermanos más pobres.

Entre ellos destaca el ejemplo de Francisco de Asís, al que han seguido muchos santos a lo largo de los siglos. Él no se conformó con abrazar y dar limosna a



los leprosos, sino que decidió ir a Gubbio para estar con ellos. Él mismo vio en ese encuentro el punto de inflexión de su conversión: «Cuando vivía en el pecado me parecía algo muy amargo ver a los leprosos, y el mismo Señor me condujo entre ellos, y los traté con misericordia. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (Test 1-3; FF 110). Este testimonio muestra el poder transformador de la caridad y el estilo de vida de los cristianos.

No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan, deberían introducirnos a un verdadero encuentro con los pobres y dar lugar a un compartir que se convierta en un estilo de vida. En efecto, la oración, el camino del discipulado y la conversión encuentran en la caridad, que se transforma en compartir, la prueba de su autenticidad evangélica. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la carne de Cristo. Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: «Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez» (*Hom. in Matthaem*, 50,3: PG 58).

Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano ex-

tendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma.

4. No olvidemos que para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo vocación para seguir a Jesús pobre. Es un caminar detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cfr. Mt 5,3; Lc 6,20). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales, a pesar de nuestras limitaciones, confiando en la cercanía de Dios y sostenidos por su gracia. La pobreza, así entendida, es la medida que permite valorar el uso adecuado de los bienes materiales, y también vivir los vínculos y los afectos de modo generoso y desprendido (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 25-45).

Sigamos, pues, el ejemplo de san Francisco, testigo de la auténtica pobreza. Él, precisamente porque mantuvo los ojos fijos en Cristo, fue capaz de reconocerlo y servirlo en los pobres. Si deseamos ofrecer nuestra aportación efectiva al cambio de la historia, generando un desarrollo real, es necesario que escuchemos el grito de los pobres y nos comprometamos a sacarlos de su situación de marginación. Al mismo tiempo, a los pobres que viven en nuestras ciudades y en nuestras comunidades les recuerdo que no pierdan el sentido de la pobreza evangélica que llevan impresa en su vida.

5. Conocemos la gran dificultad que surge en el mundo contemporáneo para identificar de forma clara la pobreza. Sin embargo, nos desafía todos los días con sus muchas caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la violencia, la tortura y el encar-

celamiento, la guerra, la privación de la libertad y de la dignidad, por la ignorancia y el analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, y por la migración forzada. La pobreza tiene el rostro de mujeres, hombres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero. Qué lista inacabable y cruel nos resulta cuando consideramos la pobreza como fruto de la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada.

Hoy en día, desafortunadamente, mientras emerge cada vez más la riqueza descarada que se acumula en las manos de unos pocos privilegiados, con frecuencia acompañada de la ilegalidad y la explotación ofensiva de la dignidad humana, escandaliza la propagación de la pobreza en grandes sectores de la sociedad entera. Ante este escenario, no se puede permanecer inactivos, ni tampoco resignados. A la pobreza que inhibe el espíritu de iniciativa de muchos jóvenes, impidiéndoles encontrar un trabajo; a la pobreza que adormece el sentido de responsabilidad e induce a preferir la delegación y la búsqueda de favoritismos; a la pobreza que envenena las fuentes de la participación y reduce los espacios de la profesionalidad, humillando de este modo el mérito de quien trabaja y produce; a todo esto se debe responder con una nueva visión de la vida y de la sociedad.

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI— pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» (*Discurso en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 29 septiembre 1963) y obligan a la opción fundamental por ellos. Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.

6. Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la Jornada Mundial de los Pobres, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Quisiera que, a las demás Jornadas mundiales establecidas por mis predecesores, que son ya una tradición en la vida de nuestras comunidades, se añada esta, que aporta un elemento delicadamente evangélico y que completa a todas en su conjunto, es decir, la predilección de Jesús por los pobres.

Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial. Esta Jornada tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo



concreto de fraternidad. Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna.

7. Es mi deseo que las comunidades cristianas, en la semana anterior a la Jornada Mundial de los Pobres, que este año será el 19 de noviembre, Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, se comprometan a organizar diversos momentos de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del universo, el domingo siguiente. De hecho, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua.

En ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la enseñanza de la Escritura (cfr. Gn 18,3-5; Hb 13,2), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor; podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.

8. El fundamento de las diversas iniciativas concretas que se llevarán a cabo durante esta Jornada será siempre la oración. No hay que olvidar que el Padre nuestro es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con es-

ta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El Padre nuestro es una oración que se dice en plural: el pan que se pide es «nuestro», y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común. En esta oración todos reconocemos la necesidad de superar cualquier forma de egoísmo para entrar en la alegría de la mutua aceptación.

9. Pido a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a los diáconos – que tienen por vocación la misión de ayudar a los pobres –, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado que se comprometan para que con esta Jornada Mundial de los Pobres se establezca una tradición que sea una contribución concreta a la evangelización en el mundo contemporáneo.

Que esta nueva Jornada Mundial se convierta para nuestra conciencia creyente en un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda. Los pobres no son un problema, sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio.

Francisco

*Vaticano, 13 de junio de 2017
Memoria de San Antonio de Padua*

Jubileo extraordinario de la Misericordia



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO en la celebración eucarística del Jubileo de las personas socialmente excluidas

Basílica Vaticana – Domingo, 13 de noviembre de 2016

«Os iluminará un sol de justicia que lleva la salud en las alas» (Ml 3,20). Las palabras del profeta Malaquías, que hemos escuchado en la primera lectura, iluminan la celebración de esta jornada jubilar. Se encuentran en la última página del último profeta del Antiguo Testamento y están dirigidas a aquellos que confían en el Señor, que ponen su esperanza en él, que ponen nuevamente su esperanza en él, eligiéndolo como el bien más alto de sus vidas y negándose a vivir sólo para sí mismos y su intereses personales.

Para ellos, pobres de sí mismos pero ricos de Dios, amanecerá el sol de su justicia: ellos son los pobres en el espíritu, a los que Jesús promete el reino de los cielos (cf. Mt 5,3), y Dios, por medio del profeta Malaquías, llama mi «propiedad personal» (Ml 3,17). El profeta los contrapone a los arrogantes, a los que han puesto la seguridad de

su vida en su autosuficiencia y en los bienes del mundo. La lectura de esta última página del Antiguo Testamento suscita preguntas que nos interrogan sobre el significado último de la vida: ¿En dónde pongo yo mi seguridad? ¿En el Señor o en otras seguridades que no le gustan a Dios? ¿Hacia dónde se dirige mi vida, hacia dónde está orientado mi corazón? ¿Hacia el Señor de la vida o hacia las cosas que pasan y no llenan? Preguntas similares se encuentran en el pasaje del Evangelio de hoy. Jesús está en Jerusalén para escribir la última y más importante página de su vida terrena: su muerte y resurrección. Está cerca del templo, «adornado de bellas piedras y ofrendas votivas» (Lc 21,5). La gente estaba hablando de la belleza exterior del templo, cuando Jesús dice: «Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra» (v. 6). Añade que habrá conflictos, hambre, convulsión en la tierra y en el cielo. Jesús no nos quiere asustar, sino advertirnos de que todo lo que vemos pasa inexorablemente. Incluso los reinos más poderosos, los edificios más sagrados y las cosas más estables del mundo, no duran para siempre; tarde o temprano caerán. Ante estas afirmaciones, la gente inmediatamente plantea dos preguntas al Maestro: «¿Cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?» (v. 7). Cuando y cuál... Siempre nos mueve la curiosidad: se quiere saber *cuándo* y recibir *señales*.

Pero esta curiosidad a Jesús no le gusta. Por el contrario, él nos insta a no dejarnos engañar por los predicadores apocalípticos. El que sigue a Jesús no hace caso a los profetas de desgracias, a la frivolidad de los horóscopos, a las predicaciones y a las predicciones que generan temores, distrayendo la atención de lo que sí importa. Entre las muchas voces que se oyen, el Señor nos invita a distinguir lo que viene de Él y lo que viene del falso espíritu. Es importante distinguir la llamada llena de sabiduría que Dios nos dirige cada día del clamor de los que utilizan el nombre de Dios para asustar, alimentar divisiones y temores. Jesús invita con fuerza a no tener miedo ante las agitaciones de cada época, ni siquiera ante las pruebas más severas e injustas que afligen a sus discípulos. Él pide que perseveren en el bien y pongan toda su confianza en Dios, que no

defrauda: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá» (v. 18). Dios no se olvida de sus fieles, su valiosa propiedad, que somos nosotros.

Pero hoy nos interpela sobre el sentido de nuestra existencia. Usando una imagen, se podría decir que estas lecturas se presentan como un «tamiz» en medio de la corriente de nuestra vida: nos recuerdan que en este mundo casi todo pasa, como el agua que corre; pero hay cosas importantes que permanecen, como si fueran una piedra preciosa en un tamiz. ¿Qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: *El Señor y el prójimo*. Estas dos riquezas no desaparecen. Estos son los bienes más grandes, para amar. Todo lo demás – el cielo, la tierra, las cosas más bellas, también esta Basílica – pasa; pero no debemos excluir de la vida a *Dios y a los demás*. Sin embargo, precisamente hoy, cuando hablamos de exclusión, vienen rápido a la mente personas concretas; no cosas inútiles, sino personas valiosas. La persona humana, colocada por Dios en la cumbre de la creación, es a menudo descartada, porque se prefieren las cosas que pasan. Y esto es inaceptable, porque el hombre es el bien más valioso a los ojos de Dios. Y es grave que nos acostumbremos a este tipo de descarte; es para preocuparse, cuando se adormece la conciencia y no se presta atención al hermano que sufre junto a nosotros o a los graves problemas del mundo, que se convierten solamente en una cantinela ya oída en los titulares de los telediarios.

Hoy, queridos hermanos y hermanas, es vuestro Jubileo, y con vuestra presencia nos ayudáis a sintonizar con Dios, para ver lo que él ve: Él no se queda en las apariencias (cf. 1S 16,7), sino que pone sus ojos «en el humilde y abatido» (Is 66.2), en tantos pobres Lázaros de hoy. Cuánto mal nos hace fingir que no nos damos cuenta de Lázaro que es excluido y rechazado (cf. Lc 16,19-21). Es darle la espalda a Dios. ¡Es darle la espalda a Dios! Cuando el interés se centra en las cosas que hay que producir, en lugar de las personas que hay que amar, estamos ante un síntoma de esclerosis espiritual. Así nace la trágica contradicción de nuestra época: cuanto más aumenta el progreso y las posibilidades, lo cual es bueno, tanto más aumen-

tan las personas que no pueden acceder a ello. Es una gran injusticia que nos tiene que preocupar, mucho más que el saber cuándo y cómo será el fin del mundo. Porque no se puede estar tranquilo en casa mientras Lázaro yace postrado a la puerta; no hay paz en la casa del que está bien, cuando falta justicia en la casa de todos.

Hoy, en las catedrales y santuarios de todo el mundo, se cierran las Puertas de la Misericordia. Pidamos la gracia de no apartar los ojos de Dios que nos mira y del prójimo que nos cuestiona. Abramos nuestros ojos a Dios, purificando la mirada del corazón de las representaciones engañosas y temibles, del dios de la potencia y de los castigos, proyección del orgullo y el temor humano. Miremos con confianza al Dios de la misericordia, con la seguridad de que «el amor no pasa nunca» (1Co 13,8). Renovemos la esperanza en la vida verdadera a la que estamos llamados, la que no pasará y nos aguarda en comunión con el Señor y con los demás, en una alegría que durará para siempre y sin fin.

Y abramos nuestros ojos al prójimo, especialmente al hermano olvidado y excluido, al Lázaro que yace delante de nuestra puerta. Hacia allí se dirige la lente de la Iglesia. Que el Señor nos libre de dirigirla hacia nosotros. Que nos aparte de los oropeles que distraen, de los intereses y los privilegios, del aferrarse al poder y a la gloria, de la seducción del espíritu del mundo. Nuestra Madre la Iglesia mira «a toda la humanidad que sufre y que llora; ésta le pertenece por derecho evangélico» (Pablo VI, *Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II*, 29 septiembre 1963). Por derecho y también por *deber evangélico*, porque nuestra tarea consiste en cuidar de la verdadera riqueza que son los pobres. A la luz de estas reflexiones, quisiera que hoy sea la «Jornada de los pobres». Nos lo recuerda una antigua tradición, que se refiere al santo mártir romano Lorenzo. Él, antes de sufrir un atroz martirio por amor al Señor, distribuyó los bienes de la comunidad a los pobres, a los que consideraba como *los verdaderos tesoros de la Iglesia*. Que el Señor nos conceda mirar sin miedo a lo que importa, dirigir el corazón a él y a nuestros verdaderos tesoros.



LECTIO DIVINA – PROPUESTA I

LA FE SIN LAS OBRAS ESTÁ MUERTA

...SE ESCUCHA

«Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis ultrajado al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen e incluso os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros le dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro».

(St 2,5-6. 14-17)

...SE MEDITA

La referencia del Apóstol Pablo a la fe, según la cual creer significa adherir a Jesús, a la potencia de su resurrección, en la comunión con sus sufrimientos para una total conformación a él (cfr. Flp 3,10-11), lleva a pensar que confesar la fe consista en una relación. La fe es relación con Jesús: una condición del discípulo que exige apertura, docilidad y discernimiento de su Evangelio. Entonces, es tarea del discípulo considerar una y otra vez este anuncio en la propia vida, comprender de qué manera se declina a partir de las

enseñanzas del maestro. En efecto, hay que mirarlo a él, fijar los ojos en Jesús, «en el que inició y completa nuestra fe» (Hb 12,2). A partir de esta relación, brota a la luz un dato particularmente significativo: Jesús, anunciando la proximidad del Reino de Dios (cfr. Mc 1,14-15), pone en evidencia la centralidad del pobre.

Recibida la unción de la palabra de Dios (cf. Lc 4,16-30), él muestra hacia todos ternura y benevolencia, pero en modo particular hacia aquellos que viven en condiciones de marginación y pobreza: aquellos que él mismo define como los pequeños del Reino. Esto permite entender porque, en la enseñanza de Jesús, la atención a los pobres sea una predilección evidente, en consonancia con la revelación bíblica. Basta pensar en el modo como Dios cuida a su pueblo, humillado y oprimido (cfr. Dt 26,7) y a las múltiples admoniciones sobre la caridad para con los más necesitados, para comprender que la solidaridad constituye un aspecto clave a la hora de testimoniar la fe. El interés de Dios hacia los pobres, como padre bueno y misericordioso, y su inclusión en el grupo de amigos predilectos, dejan ver una prioridad que debe ser para el discípulo, en relación con Jesús, una opción de vida: asemejarse a Dios en sus opciones fundamentales, reveladas por el estilo de acogida del maestro y ratificadas por una advertencia explícita: «Todo lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, con-

migo lo hicisteis» (Mt 25,40). La frase revela una elección precisa de Dios, que es solicitud máxima respecto a los pobres. Quienes creen en él no la pueden eludir. Esta solicitud, en efecto, sirve para verificar la autenticidad de la propia adhesión a Dios. No se puede creer en él sin haber asimilado este criterio que es fundamental en el anuncio cristiano.

Según St 2,5, Dios realiza esta opción preferencial proyectando un modo insólito de salvar a la humanidad: «Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale» (1Cor 1,27-28). La necedad de este anuncio, que es piedra de tropiezo, está precisamente en el acoger a los pobres, dejando que tal acogida se convierta en el estilo de vida del creyente. A la hora de cuidar a quienes pasan necesidad es necesario involucrarse afectivamente, según ese grado de compromiso que se percibe en Jesús, quien libremente ha aceptado asimilar en sí la carne del pecado (cfr. Rm 8,3), es decir, la condición de debilidad y de miseria de la humanidad. La solidaridad sin este nivel de compromiso es pura limosna. Y aunque resulta provechoso hacer el bien, ayudando siempre al necesitado, hay que obrar con el grado de compromiso de Jesús, a la luz de la predilección que tiene Dios por los pobres. Esta atención implica una opción radical: dejar espacio en la propia vida para el otro. La caridad, determinada por la relación con Jesús, certifica el modo como Dios ha salvado la humanidad (cfr. 2Cor 5,21). La generatividad del bien pasa, en efecto, a través de un acto simple y gratuito que se observa desde la creación: Dios se retira para hacerle espacio al hombre. También la encarnación del Verbo puede ser comprendida en esta perspectiva. Jesús se acerca a los pobres y a los que pasan necesidad, mostrando que la solidaridad es ante todo darle espacio al otro: «le llevaron muchos endemoniados, y él, con su palabra, expulsó a los espíritus y curó a todos los que estaban enfermos, para que se cumpliera lo que había sido anunciado por el profeta Isaías: Él tomó nuestras debili-



dades y cargó sobre sí nuestras enfermedades» (Mt 8,16-17). El compartir no consiste solamente en participar algo, ya sea de poca monta o no, con quien se encuentra en la indigencia, sino que es también voluntad generosa para retirarse y dejar espacio, es decir, para permitir que el otro encuentre el modo para recomenzar, saliendo de la marginación. Esta opción de Dios, que hace parte de su plan de salvación, hace de los pobres sus preferidos: «¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que aman?» (St 2,5). Se trata de una predilección muy particular que tiene su fundamento en la fe de los pobres, hasta el punto que son designados entre quienes heredarán las promesas del Reino (cfr. Rm 8,16-17.28-29). ¿Qué cosa se entiende por fe de los pobres? La expresión parece poner en evidencia una actitud típica de aquellos que, estando en la necesidad, invocan a Dios. Su punto de partida es ante todo el propio estado de indigencia que los obliga a pedir limosna, a confiar la propia subsistencia en otra persona. Es claro que esta dependencia se dirige sobre todo a Dios, que activa sobre todos «el querer y el obrar para realizar su designio de amor» (Flp 2,13). En su miseria el pobre no puede hacer otra cosa que confiar en Dios. Es una condición ineluctable de supervivencia.

A esta actitud le sigue otra todavía más original. Esta se alcanza a ver en el uso de una acción verbal, transmitida coherentemente por la tradición evangélica. Se trata del verbo «evangelizar» (*euaggelizesthai*), que en griego tiene un valor reflexivo. La expresión «a los pobres es anunciado el evangelio» (Mt 11,5; Lc 7,22) deja entender el privilegio de quien se encuentra en los márgenes: los pobres, en efecto, serían los custodios de la potencia del evangelio (cfr. Rm 1,16). Por tanto, Dios habría escogido, en su designio de salvación, ser alcanzado por los pobres, cuya existencia es el templo de su glorificación: demora santa por la cual resaltan las maravillas de su cercanía (cfr. 1Pe 2,9). Los pobres con su fe se convierten en el lugar donde se puede encontrar a Dios y donde se aprende a creer en él.

Existe un modo para que la opción por los pobres se convierta en un legado de testimonio discipular: la escucha de la palabra de Dios. La amonestación explícita de St 2,5 «¡escuchad!» tiene la fuerza de un imperativo categórico, motivada claramente por una grave falta: «vosotros habéis ultrajado al pobre» (v. 6). Para el autor, desatender las necesidades de los pobres, es decir a su sustento cotidiano (cfr. V. 15) y a los medios indispensable para su salvación (cfr. V.16), es un indicativo de que está peligrando la decisión por Dios porque queda comprometida. No es posible confesar la fe en Dios sin reconocerlo en quien lo custodia en la verdad de su revelación. Esto se expresa claramente con el uso del griego *atimázein* (deshonrar, despreciar), cuyo sentido da a entender que el desatendido honor hacia el pobre es el mismo que se terminará tributando a Dios (cfr. Ap 5,13).

La escucha de la palabra de Dios permite entonces realizar una trasposición: la veneración de los pobres, mediante una gestualidad que es cercanía y ayuda en sus indigencias, es adorar a Dios en su magnificencia. Lo corrobora con fuerza el autor. «La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo» (St 1,27). Aquí aparece claro un aspecto: la fe del discípulo, que se manifiesta en el culto dirigido a Dios (*thrēskeía* = culto, adoración), se conserva pura en la medida que se mantiene atenta a la necesidad de los pobres. Esta atención, sin embargo, necesita de un alimento sustancioso: la ley perfecta que pone al discípulo en la condición de obrar con la libertad del Evangelio (cfr. 1,25), es decir, en el estado de liberación de todo prejuicio, que permite asumir una actitud de solidaridad sin condiciones. La palabra de Dios, asimilada realmente, purifica la sensibilidad del discípulo, haciéndolo semejante a Jesús, cuyos sentimientos tienden a lograr la felicidad de los demás mediante la donación de la propia vida (cfr. Flp 2,1-5). La confesión de fe se manifiesta entonces en la práctica de las obras: una cooperación armoniosa que certifica la veracidad de la decisión que el discípulo hace por Dios. El término griego *érgon* (obra), en plural, comporta un doble aspecto: el deseo de promo-

ver la existencia de quien es pobre y la valentía para volver sobre la propia existencia, persiguiendo el ideal de una vida esencial, según el evangelio (cfr. Mt 10,9; Lc 9,57-62). Por esto el testimonio de la fe reclama la pobreza. La solidaridad, que responde al principio según el cual Dios ante el mundo ha elegido los pobres como sus amigos, requiere volver a pensar el modo como se ha de organizar la propia vida. No es posible compartir la pobreza de los demás, sin que el discípulo busque llevar una vida más sobria. Así lo enuncia Basilio de Cesarea en *De avaritia hom.* VI,7: «Los bienes que has recibido para distribuirlos a todos, los has acaparado. Quien despoja un hombre de sus vestidos es llamado salteador, y quien no viste al desnudo, pudiéndolo hacer, ¿qué otro nombre merecería? Al hambriento pertenece el pan que tú escondes; del mendigo es el manto que tú conservas en tus armarios; del descalzo las sandalias que se pudren en tu casa; del pobre el dinero que tú aseguras. De esta manera tú cometes tanta injusticia cuantos son los pobres que hubieras podido ayudar».

A esta admonición hace eco el n. 189 de la *Evangelii gaudium*, según la cual la solidaridad es el criterio de esencialidad para alcanzar el bien común: «La posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde». Se trata de un modo nuevo, expresamente evangélico, de concebir la relación con los pobres. La atención hacia ellos, que tiene su manantial en el amor de Dios (cfr. 1Jn 4,19), impone un cambio de vida que implica también la posesión de los bienes. Cuando en St 2,17 se lee que la fe sin las obras está muerta, en paralelo tal vez con Gal 5,6 que afirma que la fe se hace operativa mediante la caridad, se está afirmando el valor implícito que tiene la vida sobria en la relación con los pobres. Sólo quien mira a lo esencial puede comprender *afectivamente* al pobre, consciente de que la caridad es renunciar a algo propio porque pertenece, en verdad, a cuantos viven en la miseria causada por la mezquindad de una humanidad encapsulada en sí misma.

...SE ORA

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Erraban por un desierto solitario,
no encontraban el camino de ciudad habitada;
pasaban hambre y sed,
se les iba agotando la vida;

pero gritaron al Señor en su angustia,
y los arrancó de la tribulación.
Los guió por un camino derecho,
para que llegaran a ciudad habitada.

Dad gracias al Señor por su misericordia,
por las maravillas que hace con los hombres.
Calmó el ansia de los sedientos,
y a los hambrientos los colmó de bienes.

Gritaron al Señor en su angustia,
y los arrancó de la tribulación.
Los sacó de las sombrías tinieblas,
arrancó sus cadenas.

Dad gracias al Señor por su misericordia,
por las maravillas que hace con los hombres.
Transforma el desierto en estanques,
el erial en manantiales de agua.
Coloca allí a los hambrientos,
y fundan una ciudad para habitar.

Siembran campos, plantan huertos,
recogen cosechas.
Los bendice, y se multiplican,
y no les escatima el ganado.

Levanta a los pobres de la miseria
y multiplica sus familias como rebaños.
El que sea sabio, que recoja estos hechos
y comprenda la misericordia del Señor.
(Del Salmo 106, Dios salva a su pueblo del peligro)

ORACIÓN

Te damos gracias, Señor,
porque en tu Hijo hecho hombre
has querido compartir tu amor
con cada hombre y mujer.

Con la misericordia
que brota del corazón de la Trinidad,
pon en movimiento nuestras vidas,
para que sean ricas de obras de misericordia y compasión
hacia los hermanos y hermanas
que se encuentran en necesidad.

Haz que la Iglesia sea todavía capaz de compartir,
como las primeras comunidades cristianas:
capaz de reconocer en el rostro
de los hermanos y hermanas más débiles
el rostro de tu Hijo crucificado y resucitado,
capaz de partir el pan y el tiempo
con cuantos tienden sus manos
reclamando nuestra solidaridad.

Te lo pedimos por María,
Estrella de la Nueva Evangelización,
la que nunca pidió nada para sí,
sino que acogió tu Don
y dio a los hermanos, hechos hijos tuyos,
tu bendición. Amén.

LECTIO DIVINA – PROPUESTA II

NO AMEMOS DE PALABRAS SINO CON OBRAS

...SE ESCUCHA

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que odia a su hermano es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva permanentemente en sí la vida eterna. En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. Pero si uno tiene bienes en el mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?

Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestro corazón ante él, en caso de que nos condene nuestro corazón, pues Dios es mayor que nuestro corazón y lo conoce todo. Queridos, si el corazón no nos condena, tenemos plena confianza en Dios. Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros; por el Espíritu que nos dio».

(1Jn 3,13-24)

...SE MEDITA

Como recuerda el papa Francisco, ha sido “el discípulo amado” quien nos ha transmitido este mandamiento: «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1Jn 3, 18). Es él quien, más que cualquier otro apóstol, ha quedado impresionado por la invitación de Jesús a amar como él nos ha amado. La tradición patrística cuenta que Juan, estando en Éfeso, repetía siempre, a cada momento, casi como una jaculatoria, hasta el momento de su muerte, la misma frase de Jesús: «Amaos los unos a los otros».

Juan no “inventa” un Jesús suyo, sino que es fiel en lo más profundo a su maestro y Señor. El Evangelio de Juan es tal vez mucho más fiel al Jesús histórico respecto a los Sinópticos, no sólo por el conocimiento preciso de los lugares, tiempos y personas, sino sobre todo por su capacidad de profundización en el corazón de Jesús. Porque para Jesús lo que cuenta es el corazón, el corazón que no puede no manifestarse en las palabras y en las obras. Cuando la Carta de Juan logra sintetizar todo el misterio de la fe en las palabras «Dios es amor», muestra el grado de comprensión plena hecha posible por el encuentro con Jesús. A la postre, en Juan existen sólo dos virtudes y dos pecados. La primera virtud es creer en Jesús y la segunda es amar a los hermanos, mientras los dos pecados son radicalmente opuestos a ellos: rechazar a Jesús como Hijo del Padre y odiar a los hombres. Con esto se dice todo. De aquí que también el versículo 3, 18 lo repita, llamándonos «hijos míos». Juan llama a todos «hijos míos». Él deja en claro su paternidad: es él, como anunciador del Evangelio de Jesús, quien ha engendrado sus discípulos a una vida nueva en el Espíritu. En la Carta el término «hijos míos» incluye ya sea a los padres como a los hijos, ya sea a los ancianos como a los jóvenes.

La paternidad del evangelista depende a su vez de una paternidad mucho más grande, la del Padre que nos ha donado su Hijo y en él nos ha hecho a todos sus hijos. Juan quiere compartir con nosotros la alegría de haber encontrado el amor de Dios, de haber

reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús: sin compartirla, su alegría no sería completa. El término “hijos míos” se complementa con el término “hermanos”. Somos hijos del Padre y por esto tenemos que amarnos como hermanos. Vale la pena recordar que precisamente la casa donde los padres educan sus hijos es la primera escuela de caridad, vivida no de palabra, sino con obras. Viviendo juntos, distribuyendo los espacios y el tiempo, sabiendo compartir los momentos de fiesta como también la enfermedad, los hermanos aprenden a crecer juntos.

Por esto para Juan las dos virtudes y los dos pecados se corresponden, porque toda relación verdadera con Dios implica el amor hacia el hermano y todo amor hacia el hermano se dirige al Dios que lo ha engendrado y lo ama. Dejar de cuidar al hermano, no alimentarlo, no calmarle su sed, no proteger su dignidad, no ayudarlo a progresar con la educación y con la escuela, y por encima de todo, odiar al hermano, significaría no ser creyentes en el Dios verdadero. Quien desprecia al hombre y no le sirve considera, en el fondo, que Dios no es el creador y que su perdón es incapaz de salvar. Quien desprecia la creatura desprecia al creador que la ha querido.

Pero también es cierto lo contrario: cada vez que nos acercamos a una creatura humana deseamos no sólo que sobreviva en esta tierra, sino deseamos para ella la gloria y la vida, que encuentre a Dios, que tenga la vida eterna. Sólo quien no ama no está interesado en Dios. Todo el que ama al hermano desea que pueda vencer la muerte. Epicuro se equivocaba crasamente cuando afirmaba que la muerte no era un problema. Para quien ama, en efecto, el problema no es la propia muerte, sino la del otro, es el deseo que el amigo, el hermano, el amado, el pobre, vivan.

Por esto, cuando Juan opone las “palabras” a las “obras y a la verdad”, no pretende oponer la predicación del Evangelio al amor. Más bien, la expresión “amar de palabra y de boca” indica la falsedad de quien pronuncia palabras mentirosas, que no tienen ninguna coincidencia con la vida. “Amar de verdad y con obras” exige en cambio que tanto los gestos como las palabras sean expresión

de ese amor que nos lleva a ver en el hermano aquel que es amado por Dios, aquel que es hijo de Dios, aquel que está lleno de dignidad y de bien.

En particular, el evangelista nos recuerda esos encuentros personales en los que Jesús manifestó su amor. De los esposos de Caná a la samaritana, del ciego de nacimiento a Lázaro, del hombre de la piscina Probática al mismo Juan, que en la última cena recuesta su cabeza sobre el pecho del Señor, Jesús siempre se detiene para encontrar personalmente a cada hombre y mujer, a cada pobre en el cuerpo y en el espíritu. El papa Francisco nos recuerda en la *Evangelii Gaudium* que precisamente esta atención personal, este deseo del encuentro, este corazón que quiere corazón, es lo que marca una diferencia radical entre cualquier interpretación ideológica de la pobreza y la caridad cristiana. Más allá de cuanto podrá ser hecho por el ser humano, éste será siempre importante a los ojos de Jesús y de sus discípulos. Un moribundo del cual no se puede esperar ya, desde ningún punto de vista, la curación, seguirá siendo, sin embargo, un hermano con quien se puede vivir juntos los últimos momentos de vida. La Jornada de los pobres nos invita a este encuentro, a sentarnos en la misma mesa para compartir el alimento de la tierra y el del cielo.

«Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras».

...SE ORA

«¿Basta la caridad? ¿Es suficiente el amor para levantar el mundo y para vencer las innumerables dificultades de diversa índole que se oponen al desarrollo transformador y regenerador de la sociedad, como la historia, la etnografía, la economía, la política, la organización de la vida pública, nos la presentan hoy? ¿Estamos seguros de que, frente al mito moderno de la efectividad temporal, la caridad no es pura ilusión ni una alienación?»

Tenemos que responder sí y no. Sí, la caridad es necesaria y suficiente como principio propulsor del gran fenómeno innovador de este mundo imperfecto en que vivimos. No, la caridad no basta si se queda en pura teoría verbal y sentimental (cfr. Mt 7,21) y si no va acompañada de otras virtudes, la primera la justicia que es la medida mínima de la caridad, y de otros coeficientes, que hagan práctica, operante y completa la acción, inspirada y sostenida por la misma caridad, en el campo específicamente variado de las realidades humanas y temporales».

(De la homilía de Pablo VI durante la peregrinación apostólica a Bogotá para la "Jornada del desarrollo", 23 de agosto de 1968)

«Es claro que no todos pueden dedicarse a la ciencia con esfuerzo y por eso Cristo ha dado una ley sencilla que todos la puedan conocer y nadie pueda excusarse por ignorancia de su cumplimiento. Esta es la ley del amor divino... Todas las demás cosas, si no van acompañadas de la caridad, son insuficientes. Además es de saber que la diferencia de bienaventuranza se deberá únicamente a la diferencia de la caridad y no en comparación con otras virtudes. Muchos condujeron una vida de mayor abstinencia respecto a los apóstoles, y sin embargo estos superan a cualquier otro en la bienaventuranza, por causa de su fervorosa caridad».

(De los Opúsculos teológicos de santo Tomás de Aquino, presbítero, In duo praecenta...)

«La caridad es el alma de la fe, la que la hace viva; sin el amor, muere la fe».

(San Antonio de Padua, Sermones Dominicales et Festivi II)

«Teniendo un deseo inmenso del martirio, acudí a las cartas de san Pablo, para tratar de hallar una respuesta. Mis ojos dieron casualmente con los capítulos doce y trece de la primera carta a los Corintios, y en el primero de ellos leí que no todos pueden ser al mismo tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia consta

de diversos miembros y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. Una respuesta bien clara, ciertamente, pero no suficiente para satisfacer mis deseos y darme la paz.

Continué leyendo sin desanimarme, y encontré esta consoladora exhortación: “Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional” (1Cor 12,31). El Apóstol, en efecto, hace notar cómo los mayores dones sin la caridad no son nada y cómo esta misma caridad es el mejor camino para llegar a Dios de un modo seguro. Por fin había hallado la tranquilidad.

Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido a mí misma en ninguno de los miembros que san Pablo enumera, sino que lo que yo deseaba era más bien verme en todos ellos. Entendí que la Iglesia tiene un cuerpo resultante de la unión de varios miembros, pero que en este cuerpo no falta el más necesario y noble de ellos: entendí que la Iglesia tiene un corazón y que este corazón está ardiendo en amor. Entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno.

Entonces, llena de una alegría desbordante, exclamé: “Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado”».

(De la “Autobiografía” de Santa Teresa del Niño Jesús)

LECTIO DIVINA – PROPUESTA III

SI GRITA EL POBRE, EL SEÑOR LO ESCUCHA

...SE ESCUCHA

Bendigo al Señor en todo tiempo,
sin cesar su alabanza en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todos mis temores.

Los que lo miran quedarán radiantes,
no habrá sonrojo en sus semblantes.
Si grita el pobre, el Señor lo escucha
y lo salva de sus angustias.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el hombre que se acoge a él.

(del Salmo 33)

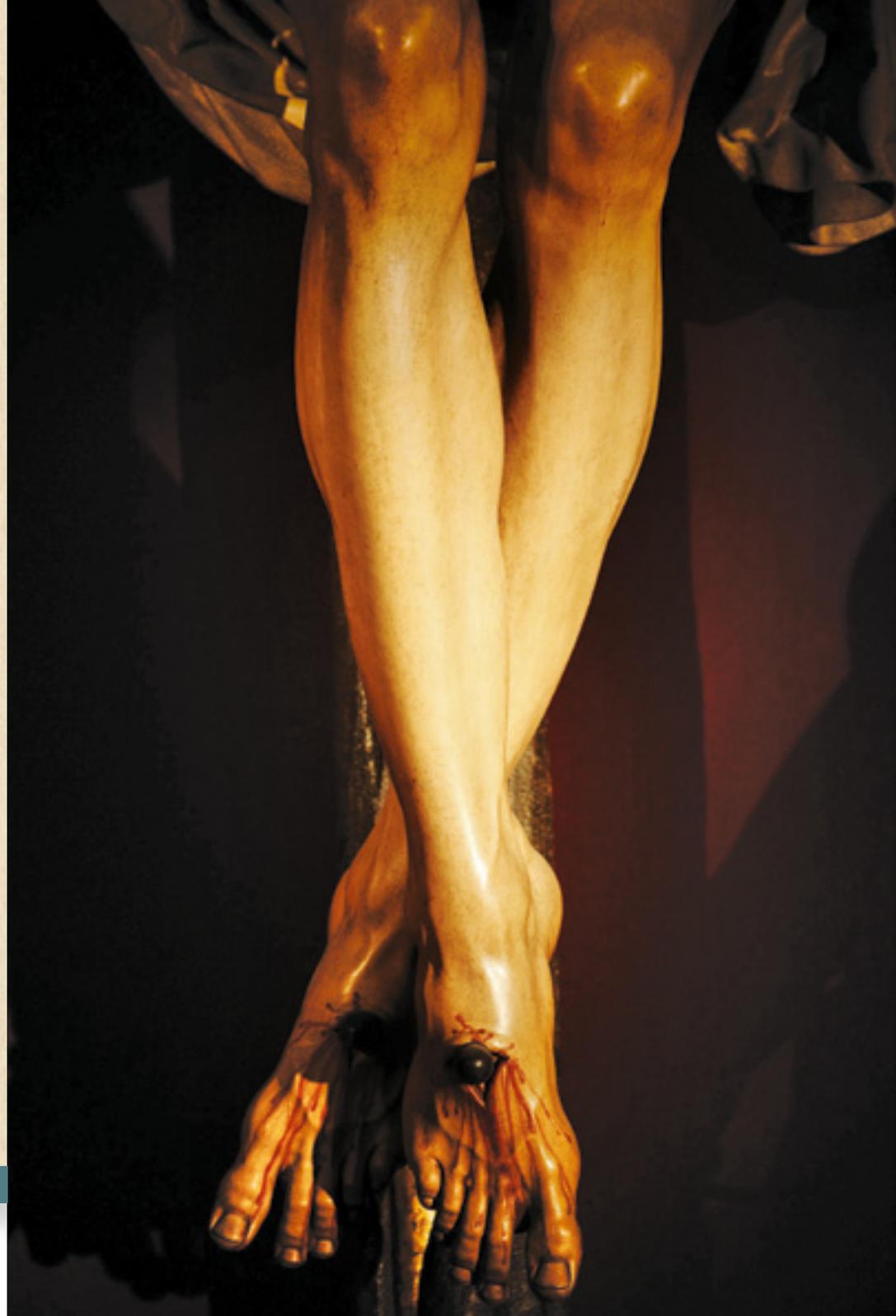
«Entonces los soldados del procurador llevaron consigo a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte. Le desnudaron y le echaron encima un manto de púrpura; y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla delante de él, le hacían burla diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!»; y después de escupirle, cogieron la caña y le golpeaban en la cabeza. Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y le llevaron a crucificarle.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene llamado Simón, y le obligaron a llevar su cruz. Llegados a un lugar llamado Gólgota, esto es, «Calvario», le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero él, después de probarlo, no quiso beberlo. Una vez que le crucificaron, se repartieron sus vestidos, echando a suertes. Y se quedaron sentados allí para custodiarle. Sobre su cabeza pusieron, por escrito, la causa de su condena: «Este es Jesús, el Rey de los judíos.» Y al mismo tiempo que a él crucifican a dos salteadores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo: «Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, ¡sáltate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!» Igualmente los sumos sacerdotes junto con los escribas y los ancianos se burlaban de él diciendo: «A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: “Soy Hijo de Dios.”» De la misma manera le injuriaban también los salteadores crucificados con él.

Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: «¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?», esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» Al oírlo algunos de los que estaban allí decían: «A Elías llama éste.» Y enseguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber. Pero los otros dijeron: «Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarle.»

Pero Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu».

(Mt 27,27-50)



...SE MEDITA

Jesús acepta varias veces ser despojado de sus vestiduras: primero por los soldados durante el proceso en el pretorio y luego antes de ser crucificado. Jesús se encuentra desnudo como el más pobre de la tierra. Está despojado de todo porque es el pobre por excelencia, sin derechos. Para el Apóstol Pablo la pobreza de Cristo se convierte en modelo de la pobreza cristiana: «Se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres» (Flp 2,7). Es a partir de esta actitud de acogida de la máxima pobreza por parte del Hijo de Dios que podemos contemplar con sinceridad y humildad a Cristo como Rey y Señor de la historia. El papa Francisco escribe en el Mensaje para la I Jornada Mundial de los pobres, en el número 7: «La realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua». La Pascua representa el revelador cumplimiento del amor y de la predilección del Padre por los pobres. Si la muerte del Hijo de Dios en la cruz muestra el culmen de su solidaridad con los últimos, la resurrección evidencia de manera inequívoca la aprobación del Padre en relación a la ofrenda del Hijo y a su obediencia incondicional. En el Evangelio de Juan, esta obediencia oblativa del Hijo al Padre por la salvación de los hombres se expresa con estas palabras: «... sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

La muerte de Jesús crucificado como un pobre manifiesta que el amor divino ha encontrado el camino para llegar a ser solidario con cada pobre de la tierra. Puesto que Dios ama al hombre, cada hombre, tal como es, en su realidad, se convierte para nosotros en un pobre, para hacernos ricos con su pobreza. El Santo Obispo

Agustín dice: «¿Qué hombre conocerá todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, ocultos en Cristo y escondidos en la pobreza de su carne? En efecto, siendo rico, por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza (cfr. 2Cor 8,9). Cuando asumió la mortalidad del hombre y destruyó la muerte, se manifestó a nosotros en la pobreza de la condición humana, pero no perdió las riquezas, como si se las hubieran quitado, sino que las prometió, aunque diferidas. ¡Qué inmensa riqueza reserva a quien lo teme y ofrece en plenitud a cuantos esperan en él! Nuestro conocimiento es parcial e imperfecto hasta que llegue la plenitud. Para hacernos capaces de alcanzarla, el que era igual al Padre en la forma de Dios, hecho semejante a nosotros en la forma de siervo, nos restaura en la semejanza de Dios. Haciéndose hijo del hombre, el Hijo único de Dios convierte en hijos de Dios a muchos hijos de los hombres, y nutriendo mediante la forma visible de siervo a quienes son esclavos, los hace totalmente libres para ver la forma de Dios» (*Sermón 194, 3-4*).

El mismo, Jesús, por absurdo que parezca, se vuelve pobre, solidario con los pobres, invitando así a todos los creyentes a permanecer al lado de los pobres. La opción preferencial de Cristo pobre y desnudo en la cruz redefine en este sentido y en este modo la imagen de Dios y la imagen del hombre, no sólo porque coloca a Dios de la parte de los pobres, sino porque indica la comprensión definitiva sobre quién es Dios. El papa Francisco escribe en el Mensaje para la I Jornada mundial de los pobres, en el número 1: «El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres. Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien... La misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados».

En el grito de Jesús crucificado, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» descubrimos que la pobreza de Cristo ex-

presa la máxima forma coherente de fidelidad a la voluntad del Padre; pobreza que se convierte en obediencia por amor hasta al final, y obediencia que expresa en plenitud la oblatividad del Hijo por la salvación de la humanidad. La Iglesia contempla este itinerario de abajamiento del Hijo de Dios en el «lugar» más alto de la vida cristiana, que es la Liturgia, cuando la comunidad de creyentes ora: «En la cruz (Jesús) se ha abajado hasta la extrema pobreza de la condición humana, y Tú, ¡Oh, Padre!, has revelado un amor desconocido a nuestros ojos, un amor dispuesto a darse sin pedir nada a cambio» (*Rito del Matrimonio, Bendición nupcial IV*). Pero el grito del Mesías en la cruz expresa también la revelación que para el creyente llega a ser comprensión de la fuente de la solidaridad de Jesús con los pobres, la cual brota de su experiencia única de la paternidad de Dios.

Se trata de una experiencia de la paternidad de Dios que tiende a instaurar entre los hombres la liberación de las discriminaciones, en cuanto que cada hombre tiene a Dios como Padre y, por consiguiente, cada ser humano es hermano de cada ser humano. El estilo de pobreza de Jesús y la evangelización de los pobres son dos palpitaciones que se encuentran en el corazón del Evangelio; ellas manifiestan la elección de vida del Maestro, al cual los discípulos deben referirse para un seguimiento que sea realmente fiel y coherente. Además, la pobreza a la que los discípulos están llamados y a la cual deben estar atentos expresa, como para Jesús, un nuevo modo de relación con Dios Padre, que Jesús ha manifestado con sus palabras, sus decisiones y sus acciones; una pobreza que refleja el cambio de vida y de relación con las cosas y con los demás que la venida del Reino provoca en la historia. Al comienzo y a la base de las Bienaventuranzas Jesús empieza: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos». El papa Francisco escribe en el Mensaje para la I Jornada mundial de los pobres, en el número 4: «No olvidemos que para los discípulos de Cristo la pobreza es ante todo una vocación a seguir a Jesús pobre. Es un caminar

detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos... La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales...». Ya en el Antiguo Testamento y particularmente en el libro del Deuteronomio se daba al creyente hebreo una indicación que era al mismo tiempo existencial y moral: «No habrá ningún pobre entre los tuyos» (15,4). A esta expresión hacen eco las palabras del libro de los Hechos: «Cuando terminaron de orar, tembló el lugar donde estaban reunidos; todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban decididamente la Palabra de Dios. La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima. Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades» (4,31-35). La referencia que antecede en el texto la decisión de la comunidad a favor de la comunión de bienes tiene como punto de fuerza la oración de la primitiva comunidad cristiana, la presencia del Espíritu Santo y el testimonio de la resurrección por parte de los discípulos. La fuerza de una comunión de bienes y de vida tan radical parece ser en realidad, por cuanto sugiere el texto, la consecuencia de un encuentro y de una presencia real del Cristo Resucitado en la comunidad, tan fuerte y determinante que respecto a ella nada parece imposible. La fe y el encuentro con Cristo Resucitado abren el corazón de los discípulos a una necesaria comunión

de bienes, de modo que ninguno entre ellos pase necesidad (cfr. Hch 4,34). Y es de esta fuente del encuentro con Aquel que es el Primer y el Último viviente (cfr. Ap 1,18) «donde han nacido en cada época y contexto de la Iglesia hombres y mujeres que han ofrecido su vida al servicio de los pobres *acercándose* a ellos, *encontrándolos*, *mirándolos* a los ojos, *abrazándolos*»; el Papa casi que pide a los creyentes verificar estos verbos en la propia vida, como si fueran el instrumento para una examen de conciencia o para una revisión del propio camino de fe y del camino de la comunidad cristiana. De esta manera la atención a los pobres y la intervención en su favor no son simplemente un deseo ideal, sino asumen una forma concreta de actitud y de atención por parte de los creyentes, que de esta manera permanecen en el surco de la tradición de la Iglesia la cual, desde el comienzo de su existencia, ha puesto entre los primeros puestos de su ser la atención y el cuidado de los pobres. En este sentido se realiza la promesa de la palabra de Dios contenida en el salmo: «Este pobre grita y el Señor lo escucha» (Sal 33,7); y como el Padre ha escuchado el grito del Hijo pobre y desnudo en la cruz, así continúa escuchando el grito de cada pobre de la tierra a través y gracias a la comunidad de creyentes que en cada tiempo tiende el oído al grito del pobre, lo escucha, lo acoge y lo socorre, como un buen samaritano en el mundo.

Comenta el santo obispo Agustín: «Actualmente no eres escuchado porque eres rico. O tal vez no clamabas, y no eras escuchado. Mira por qué: Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó. Grita tú, pobre, y el Señor te escuchará. ¿Y cómo gritaré desde mi pobreza? Pues mira: aunque tengas algo, no por eso presumas de tus fuerzas; así te convencerás de que eres un indigente, de que serás siempre pobre mientras no tengas lo que te hace rico...»

(Comentario al Salmo 33/2,11).

...SE ORA

Señor, escucha mi oración,
que mi grito llegue hasta ti;
no me escondas tu rostro
el día de la desgracia.
Inclina tu oído hacia mí;
cuando te invoco, escúchame enseguida.

Que mis días se desvanecen como humo,
mis huesos queman como brasas;
mi corazón está agostado como hierba,
me olvido de comer mi pan;
con la violencia de mis quejidos,
se me pega la piel a los huesos.

Estoy como lechuza en la estepa,
como búho entre ruinas;
estoy desvelado, gimiendo,
como pájaro sin pareja en el tejado.
Mis enemigos me insultan sin descanso;
furiosos contra mí, me maldicen.

En vez de pan, como ceniza,
mezclo mi bebida con llanto,
por tu cólera y tu indignación,
porque me alzaste en vilo y me tiraste;
mis días son una sombra que se alarga,
me voy secando como la hierba.

Tú, en cambio, permaneces para siempre,
y tu nombre de generación en generación.
Levántate y ten misericordia de Sión,
que ya es hora y tiempo de misericordia.

Tus siervos aman sus piedras,
se compadecen de sus ruinas:
los gentiles temerán tu nombre,
los reyes del mundo, tu gloria.

Cuando el Señor reconstruya Sión,
y aparezca en su gloria,
y se vuelva a las súplicas de los indefensos,
y no desprecie sus peticiones,
quede esto escrito para la generación futura,
y el pueblo que será creado alabaré al Señor:

Que el Señor ha mirado desde su excelso santuario,
desde el cielo se ha fijado en la tierra,
para escuchar los gemidos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte,

para anunciar en Sión el nombre del Señor,
y su alabanza en Jerusalén,
cuando se reúnan unánimes los pueblos
y los reyes para dar culto al Señor..
(Del Salmo 102)

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos

y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
como lo había prometido a nuestros padres
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.
(Lc 1,46-51)

Te damos gracias,
Padre fiel y lleno de ternura,
porque tanto amaste al mundo
que le has entregado a tu Hijo,
para que fuera nuestro Señor y nuestro hermano.
Él manifiesta su amor
para con los pobres y los enfermos,
para con los pequeños y los pecadores.
Él nunca permaneció indiferente
ante el sufrimiento humano;
su vida y su palabra son para nosotros
la prueba de tu amor;
como un padre siente ternura por sus hijos,
así tú sientes ternura por tus fieles.
(Plegaria eucarística V/c, Prefacio)

¿Quién es Jesús para mí?
El Verbo hecho carne. El Pan de la vida.
La víctima sacrificada en la cruz por nuestros pecados.
El Sacrificio ofrecido en la Santa Misa
por los pecados del mundo y por los míos propios.
La Palabra, para ser dicha.
La Verdad, para ser proclamada.
El Camino, para ser recorrido.
La Luz, para ser encendida.

La Vida, para ser vivida.
El Amor, para ser amado.
La Alegría, para ser compartida.
El sacrificio, para ser dado a otros.
El Pan de Vida, para que sea mi sustento.
El hambriento, para ser alimentado.
El sediento, para ser saciado.
El desnudo, para ser vestido.
El desamparado, para ser recogido.
El enfermo, para ser curado.
El solitario, para ser amado.
El indeseado, para ser querido.
El leproso, para lavar sus heridas.
El mendigo, para darle una sonrisa.
El alcoholizado, para escucharlo.
El deficiente Mental, para protegerlo.
El pequeñín, para abrazarlo.
El ciego, para guiarlo.
El mudo, para hablar por él.
El tullido, para caminar con él.
El drogadicto, para ser comprendido en amistad.
La prostituta, para alejarla del peligro y ser su amiga.
El preso, para ser visitado.
El anciano, para ser atendido.
Para mí, Jesús es mi Dios.
Jesús es mi Esposo.
Jesús es mi Vida.
Jesús es mi único amor.
Jesús es mi Todo.

(Santa Teresa de Calcuta)



PROPUESTAS DE VIGILIAS DE ORACIÓN PARA LAS COMUNIDADES

PRIMERA VIGILIA DE ORACIÓN

HIJOS MÍOS, NO AMEMOS
DE PALABRA Y DE BOCA,
SINO DE VERDAD Y CON OBRAS

LAVATORIO DE LOS PIES

P: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

T: Amén.

P: El Señor Jesús, que ha pasado por el mundo haciendo el bien, esté con todos vosotros.

O, si preside el obispo:

P: La paz esté con vosotros.

T: Y con tu espíritu.

P: Dios, que es caridad, queriendo hacernos partícipes de su inmenso amor, ha enviado su Hijo a socorrer a los hombres, cansados y oprimidos por la enfermedad y por todo tipo de aflicción. Él nos ha rodeado de un amor tan grande, que es preciso considerar que hacemos a él todo aquello que hacemos al más pequeño de sus hermanos. Él ha proclamado bienaventurados de su Padre y herederos de la vida eterna a quienes obran misericordia. Él, el Unigénito, Señor del cielo y de la tierra, ha asumido la condición de siervo, hasta despojarse del privilegio de ser como Dios y dejar sus vestidos para inclinarse y lavar los pies de los Apóstoles.

Escuchemos las palabras del Apóstol Pablo que nos invita a seguir Jesús teniendo en el corazón sus mismos sentimientos.

L: *Escuchad la palabra de Dios de la Carta de San Pablo, Apóstol, a los Filipenses (2,13-13)*

Hermanos: Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre.

L: Palabra de Dios

T: **Te alabamos Señor**

Breve pausa de silencio

P: Con los mismos sentimientos de Cristo nos presentamos siervos los unos de los otros, lavándonos los pies recíprocamente: participemos con fe en este gesto humilde y pobre que nos recuerda el servicio y la solidaridad que hemos de ejercer cada día para con nuestros hermanos necesitados.

Quien preside lava los pies a la primera persona y le da un abrazo de paz; a su vez, ésta repite el mismo gesto con el que está a su lado y así sucesivamente.

El rito del lavatorio de los pies se puede acompañar con cantos alusivos a la caridad.

ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

P: Hermanos, después de haber realizado este gesto de humildad, conscientes de la necesidad de superar toda forma de egoísmo para gozar de la alegría de la acogida recíproca, invoquemos el auxilio del Padre celestial con las palabras que el Señor ha puesto en nuestros labios:

T: **Padre nuestro, que estás en el Cielo...**

P: Oremos.

¡Oh, Dios!, ayuda de los miserables y consuelo de los pobres, que con el ejemplo de tu Hijo Jesucristo nos llamas a amar a los hermanos, no de palabra ni de boca, sino con obras y en la verdad, cólmanos de tu caridad misericordiosa, para que podamos responder generosamente a las necesidades de aquellos que llaman a la puerta de nuestro corazón. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

T: **Amén**

LITURGIA DE LA PALABRA

L: *De la Primera carta del apóstol Juan (3,18-24)*

Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestro corazón ante él, en caso de que nos condene nuestro corazón, pues Dios es mayor que nuestro corazón y lo conoce todo. Queridos, si el corazón no nos condena, tenemos

plena confianza en Dios. Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros; por el Espíritu que nos dio.

L: Palabra de Dios

T: Te alabamos Señor

Silencio para la reflexión personal

Salmo responsorial (Del Salmo 33)

T: Si grita el pobre, el Señor lo escucha

Bendigo al Señor en todo tiempo,
sin cesar su alabanza en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R/.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.

Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todos mis temores. **R/.**

Los que lo miran quedarán radiantes,
no habrá sonrojo en sus semblantes.
Si grita el pobre, el Señor lo escucha
y lo salva de sus angustias. **R/.**

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.

El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. **R/.**

T: Aleluya, aleluya.

Todo lo que habéis hecho a mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis, dice el Señor.

T: Aleluya, aleluya.

P: *Del Evangelio según san Mateo (25,31-46)*

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.” Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?” Y el Rey les dirá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” Entonces dirá también a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.” Entonces dirán también éstos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo

o en la cárcel, y no te asistimos?” Y Él entonces les responderá: “En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo.” E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.

P: Palabra del Señor

T: Gloria a Ti, Señor Jesús.

Quien preside pronuncia la homilía.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACION EUCARÍSTICA

*Mientras se expone el Santísimo Sacramento se realiza un canto de adoración.
Silencio para la adoración y la oración personal.*

LECTURAS PARA LA MEDITACIÓN

De los *Deberes* de San Ambrosio de Milán, obispo
(*Cfr. II, 28, 136-138. 140-141*)

Estos son los tesoros de la Iglesia

La misericordia nos mueve sobre todo a tener compasión de las desventuras de los demás, a ofrecer ayuda a las necesidades de los otros en la medida que podamos y, a veces, más de cuanto podamos. En efecto, es mejor hacerse garante en los procesos o soportar la impopularidad a mostrarse insensibles.

La Iglesia posee oro no para custodiarlo, sino para distribuirlo, para llevar socorro en las necesidades. ¿Qué necesidad hay de custodiar lo que no sirve? ¿Tal vez ignoran cuánto oro y plata fueron sustraídos del templo del Señor? ¿No es mejor que los obispos hagan fundir los vasos sagrados para nutrir a los pobres, si faltan otros medios, a que un enemigo sacrílego los profane y los robe? No dirá el Señor: “¿Por

qué has permitido que tantos pobres murieran de hambre? Y ciertamente tenías oro: hubieras podido suministrarles alimento. ¿Por qué tantos prisioneros fueron puestos en venta y, al no ser rescatados, fueron asesinados por los enemigos? Hubiera sido mejor que tu hubieras salvado cuerpos vivos antes que vasos de metal”.

A estas preguntas no se podría haber respondido. ¿Tal vez podías decir: “Me he preocupado de que al templo de Dios no le falte el ornamento”? Te habría respondido: “Los sacramentos no requieren oro ni vale para el oro lo que no se compra con el oro”. El ornamento de los sacramentos es el rescate de los prisioneros. Y vasos preciosos son en realidad aquellos que libran las almas de la muerte. Verdadero tesoro del Señor es aquel que cumple lo que ha cumplido su sangre. Así entonces, se reconoce el cáliz de la sangre del Señor, cuando con ambos elementos él realiza la redención, de modo que el cáliz redime del poder del enemigo a aquellos a quienes la sangre ha redimido del pecado. ¡Qué bello es que se diga: «Cristo los ha redimido»! ¡He aquí el oro por el cual hay que alabar, el oro que sirve, el oro de Cristo que libra de la muerte, el oro por medio del cual se mantiene la honradez y se preserva la castidad!

El santo mártir Lorenzo guardó este oro para el Señor. En efecto, a quien le pedía los tesoros de la Iglesia él prometía mostrárselos; al día siguiente traía a los pobres. Cuando le preguntaban dónde estaban los tesoros prometidos, indicaba a los pobres diciendo: «Estos son los tesoros de la Iglesia». Verdaderamente son tesoros aquellos que tienen a Cristo y profesan la fe en él. En fin, el Apóstol dice: *llevamos este tesoro en vasijas de barro*. ¿Cuáles tesoros son más preciosos a Cristo si no aquellos en los que él dijo que se encontraría? En efecto, está escrito: *tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis*. Y más adelante: *todo lo que hicisteis con uno de estos, conmigo lo hicisteis*. Entonces, ¿cuáles tesoros son más preciosos a Cristo si no aquellos en los que él ama manifestarse?

Estos tesoros fueron cuidados por Lorenzo y venció, porque ni siquiera el perseguidor podía sustraérselos. Joachim, que durante el asedio custodiaba el oro en cambio de distribuirlo para procurar

alimento, se vio despojado de la riqueza y fue arrastrado a la esclavitud. Lorenzo, que había preferido distribuir a los pobres el oro de la Iglesia, en vez de apartarlo para el perseguidor, obtuvo, por la singular precaución de su clarividencia, la rica corona del martirio.

O también:

De los *Sermones* de San Agustín, obispo
(*Sermón 389, 4: PL 39, 1704; NBA 34, 639-641*)

Es Cristo quien recibe cuando dais a los pobres

Si, teniendo algo que dar a los pobres, no se lo damos, lo dejaremos aquí al morir o lo perderemos aún en vida. ¡Cuántos no han perdido de repente todos sus bienes que escondían con tanto afán! Ante un solo ataque del enemigo se perdieron todos los tesoros de los ricos, quienes no pueden pedirle a los invasores que los respeten porque están apartados para los hijos. Nadie dijo al enemigo: «Lo guardo para mis hijos».

¿Qué dijo Jesucristo nuestro Señor a aquel rico que le pedía un consejo sobre cómo conseguir la vida eterna? ¿Qué le dijo? ¿Acaso: «Pierde lo que tienes»? Ciertamente podía habérselo dicho de esta manera: «Pierde los bienes temporales para conseguir los eternos». Mas no le dijo: «Pierde lo que tienes». El Señor vio que amaba sus bienes. No le dijo: «Piérdelos», sino: «Traspásalos a donde no puedas perderlos». ¿Amas tus tesoros? ¿Amas tus riquezas? ¿Amas tus campos? Todo lo que amas lo tienes en la tierra. Lo que amas lo tienes donde puedes perderlo o perderte. Te doy un consejo: «Traspásalo al cielo. Si lo tienes aquí, pierdes lo que tienes y perecerás tú junto con lo que pierdes; en cambio, si lo tienes allí, no lo has perdido, sino que lo seguirás adonde lo has enviado.

Te doy un consejo: Dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. No te quedarás sin tesoro; al contrario, tendrás asegurado en el cielo lo que tienes en la tierra envuelto en preocupaciones. Traspásalos, pues. Te aconsejo que los conserves, no que los pierdas. «Tendrás, dijo, un tesoro en el cielo, y ven y sígueme, y te condu-

ciré hasta tu tesoro» (cfr. Mt 19, 16-21). No se trata de derrochar, sino de ganar. No se duerman los hombres; escuchen al menos, desde la experiencia, qué han de temer; ahórrense el temor y traspásenlos al cielo. ¿Qué decisión es esa de haber guardado el trigo en la tierra? Tu amigo, conocedor de la naturaleza del trigo y de la tierra, instruye tu ignorancia: —¿Qué es lo que has hecho? Has puesto el trigo sobre la tierra en los lugares más bajos; es un sitio húmedo, se pudrirá y perderás el fruto de tu trabajo. —¿Qué he de hacer, pues? —Traspásalo a lugares más altos. Escuchas el consejo de tu amigo sobre el trigo y desprecias a Dios, que te aconseja respecto a tu corazón. Temes dejar tu trigo en la tierra y al mismo tiempo pierdes tu corazón poniéndolo en ella.

He aquí que el Señor tu Dios, al darte el consejo respecto a tu tesoro, te lo da también respecto a tu corazón: Pues «donde esté tu tesoro, dijo, allí estará también tu corazón» (Mt 6, 21). Eleva, dijo, tu corazón al cielo para que no se pudra en la tierra. Es el consejo de quien quiere que lo conserves, no que lo pierdas. Si es así, ¿cómo se arrepentirán quienes no lo hicieron! ¿Qué se dicen ahora? ¿Si tuviéramos en el cielo lo que hemos perdido en la tierra! El enemigo saqueó su casa. ¿Acaso puede invadir el cielo? Dio muerte al siervo que custodiaba el tesoro. ¿Acaso puede dar muerte al Señor, que lo guarda allí donde el ladrón no tiene acceso ni la polilla lo corrompe? ¿Cuántos son los que dicen: Oh si los tuviéramos allí, si hubiésemos guardado nuestros tesoros allí adonde los seguiríamos tranquilos no mucho después!

¿Por qué no escuchamos a nuestro Señor? ¿Por qué despreciamos el aviso del padre, que nos ha llevado a experimentar la invasión del enemigo? Muchos son, pues, los que se arrepienten. Cierta persona —se cuenta como realmente sucedido—, un hombre no rico, pero, aun con sus escasos haberes, fecundo por la abundancia de su caridad, habiendo vendido un sólido en cien denarios, ordenó que se repartiese a los pobres algo del precio del mismo. Así se hizo. Mas el enemigo antiguo, es decir, el diablo, logró que se arrepintiera de su buena acción y que se doliese con su mur-

muración del bien que había hecho obedeciendo. Entró el ladrón y se llevó todo aquello de lo que había dado un poco a los pobres. El diablo esperaba un grito blasfemo, pero halló uno de alabanza. Esperaba que se produjese la duda, y halló seguridad. El enemigo quería, es cierto, que se arrepintiera, y se arrepintió. Pero ved de qué. «¡Desdichado de mí, que no lo di todo! Lo que no di lo he perdido. No lo coloqué allí donde no entra el ladrón».

Por tanto, si esto es un consejo, no seamos perezosos en seguir tan buen consejo. Si hay que traspasar lo que tenemos, ha de hacerse al lugar donde no podamos perderlo. Los pobres a quienes se lo damos, ¿qué son sino nuestros portaequipajes, que nos ayudan a traspasarlo de la tierra al cielo? Lo entregas a tu portaequipaje y lleva al cielo lo que le das. «¿Cómo, dice, lo lleva al cielo? Estoy viendo que lo consume en comida». Así es precisamente como lo traslada, comiéndolo en vez de conservarlo. ¿O es que te has olvidado de las palabras del Señor? «Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino. Tuve hambre, y me disteis de comer»; y: «Cuando lo hicisteis con uno de mis pequeños, conmigo lo hicisteis». Si no despreciaste a quien mendigaba en tu presencia, mira a quién llegó lo que diste: Cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicisteis. Lo que diste lo recibió Cristo; lo recibió quien te dio qué dar; lo recibió quien al final se te dará a sí mismo.

O también:

De algunas *Cartas y conferencia espirituales* de San Vicente de Paúl, sacerdote

(Cfr. *Lett.*, 2546, ecc.; *Correspondance, entretiens, documents, Paris 1922-1925, passim*)

Servir a Cristo en los pobres

Nosotros no debemos estimar a los pobres por su apariencia externa o su modo de vestir, ni tampoco por sus cualidades personales. Por el contrario, debemos considerarlos a la luz de la fe. El Hijo de Dios ha querido ser pobre y ser representado por los po-

bres. Aun cuando en su pasión perdió casi la apariencia humana, haciéndose necio para los gentiles y escándalo para los judíos, sin embargo, se presentó a éstos como evangelizador de los pobres: «Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres» (Lc 4,18). También nosotros debemos estar imbuidos de estos sentimientos e imitar lo que Cristo hizo, cuidando de los pobres, consolándolos, ayudándolos y apoyándolos.

Cristo, en efecto, quiso nacer pobre, llamó junto a sí a unos discípulos pobres, se hizo él mismo servidor de los pobres, y de tal modo se identificó con ellos, que dijo que consideraría como hecho a él mismo todo el bien o el mal que se hiciera a los pobres. Porque Dios ama a los pobres y, por lo mismo, ama también a los que aman a los pobres ya que, cuando alguien tiene un afecto especial a una persona, extiende este afecto a los que dan a aquella persona muestras de amistad o de servicio. Por esto, nosotros tenemos la esperanza de que Dios nos ame, en atención los pobres.

Por esto, al visitarlos, esforcémonos en cuidar del pobre y desvalido, compartiendo sus sentimientos, de manera que podamos decir como el Apóstol: «Me he hecho todo a todos» (1 Cor 9,22). Por lo cual, todo nuestro esfuerzo ha de tender a que, conmovidos por las inquietudes y miserias del prójimo, roguemos a Dios que infunda en nosotros sentimientos de misericordia y compasión, de manera que nuestros corazones estén siempre llenos de estos sentimientos.

El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo, y hay que prestarlo sin demora. Por esto, si en el momento de la oración hay que llevar a algún pobre un medicamento o un auxilio cualquiera, id a él con el ánimo bien tranquilo y haced lo que convenga, ofreciéndolo a Dios como una prolongación de la oración. Y no tengáis ningún escrúpulo ni remordimiento de conciencia si, por prestar algún servicio a los pobres, habéis dejado la oración; salir de la presencia de Dios por alguna de las causas enumeradas no es ningún desprecio a Dios, ya que es por él por quien lo hacemos. Así pues, si dejáis la oración para acudir con presteza en ayuda de algún pobre, recordad que aquel servicio lo prestáis al mismo Dios. La ca-

ridad, en efecto, es la máxima norma, a la que todo debe tender: ella es una ilustre señora, y hay que cumplir lo que ordena. Todos los que en vida amarán a los pobres no tendrán temor alguno de la muerte. Renovemos, pues, nuestro espíritu de servicio a los pobres, principalmente para con los abandonados y desamparados, ya que ellos nos han sido dados para que los sirvamos como a señores.

O también:

De la Carta Encíclica *Deus Caritas est* del papa Benedicto XVI
(25 de diciembre de 2005, n. 31)

El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

El aumento de organizaciones diversificadas que trabajan en favor del hombre en sus diversas necesidades, se explica por el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también un efecto

de la presencia del cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo, a menudo tan empañado a lo largo de la historia [...]. Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

a) Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por Cáritas (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hom-

“

CADA VEZ
QUE LO HICISTEIS
CON UNO DE ESTOS
MIS HERMANOS
MAS PEQUEÑOS,
CONMIGO LO HICISTEIS.

”

(MT 25,40)



bres y mujeres que desempeñan estos cometidos [...]. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una «formación del corazón»: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6).

b) La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita [...]. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

c) Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se prac-

tica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (cfr. 1Jn 4,8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe —volviendo a las preguntas de antes— que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor.

O también:

De la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* del papa Francisco (24 de noviembre de 2013, nn. 197-199)

El lugar privilegiado de los pobres en el Pueblo de Dios

El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre» (2Co 8,9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotros a través del «sí» de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2,24; Lv 5,7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, y así manifestó lo que Él mismo dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar

el Evangelio a los pobres» (Lc 4,18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!» (Lc 6,20); con ellos se identificó: «Tuve hambre y me disteis de comer», y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt 25,35s).

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia». Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia». Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza». Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro «considerándolo como uno consigo». Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es

contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia: «Del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis». El pobre, cuando es amado, «es estimado como de alto valor», y esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos. Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?». Sin la opción preferencial por los más pobres, «el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día».

Silencio para la reflexión personal

LETANÍAS

Lector: Señor, el Amor es paciente,

Todos: danos la paciencia que sabe afrontar el día a día.

L: Señor, el Amor es benigno,

T: ayúdanos a querer siempre primero el bien del hermano.

L: Señor, el Amor no tiene envidia,

T: enséñanos a alegrarnos con cada logro suyo.

L: Señor, el Amor no presume,

T: ayúdanos a no echarle en cara cuanto hacemos por él.

L: Señor, el Amor no se engríe,

T: concédenos el valor de decir: “me he equivocado”.

L: Señor, el Amor no falta al respeto,

T: haz que podamos ver tú rostro en el suyo.

L: Señor, el Amor no busca su propio interés,
T: infunde en nuestra vida el soplo de la gratuidad.
L: Señor, el Amor no se irrita,
T: aleja de nosotros los gestos y palabras que hieren.
L: Señor, el Amor no tiene en cuenta el mal recibido,
T: reconcílianos en el perdón que sabe olvidar los errores.
L: Señor, el Amor no se goza en la injusticia,
T: abre nuestro corazón a las necesidades del prójimo.
L: Señor, el Amor se complace en la verdad,
T: ayúdanos a cubrir de amor los días que trascurremos juntos.
L: Señor, el Amor todo lo cree,
T: ayúdanos a creer que el Amor mueve montañas.
L: Señor, el Amor todo lo espera,
T: ayúdanos a esperar en el Amor, más allá de toda esperanza.

L: Señor,
 enséñanos a no amarnos a nosotros mismos,
 a no amar solamente a nuestros amigos,
 a no amar solamente a aquellos que nos aman.
 Enséñanos a pensar en los otros
 y amar, sobre todo,
 a aquellos a quienes nadie ama.
 Señor, haznos sufrir el sufrimiento de los demás.
 Concédenos la gracia de comprender
 que mientras nosotros vivimos
 una vida demasiado feliz y protegida por ti,
 hay millones de seres humanos
 que son también tus hijos y hermanos nuestros,
 que mueren de hambre
 sin haber merecido morir de hambre,
 que mueren de frío

sin haber merecido morir de frío.
 Señor,
 ten piedad de todos los pobres del mundo.
 No permitas, Señor,
 que vivamos felices en solitario.
 Haznos sentir la angustia
 de la miseria universal
 y líbranos de nuestro egoísmo.
(Raúl Follereau)

Se puede hacer un canto de adoración

*Terminado el canto se hace una breve pausa de silencio
 para la adoración personal*

BENDICIÓN EUCARÍSTICA

De rodillas se canta el himno eucarístico:

Tantum ergo sacramentum
 veneremur cernui,
 et antiquum documentum
 novo cedat ritui;
 praestet fides supplementum
 sensum defectui.

*Veneremos, pues, inclinados
 tan grande Sacramento;
 y la antigua figura ceda el puesto
 al nuevo rito;
 la fe supla
 la incapacidad de los sentidos.*

Genitori Genitoque
 Laus et iubilatio,
 salus, honor, virtus quoque
 sit et benedictio;
 procedenti ab utroque
 compar sit laudatio. Amen.

*Al Padre y al Hijo
 sean dadas alabanza y júbilo,
 salud, honor, poder y bendición;
 una gloria igual sea dada
 al que del uno y del otro procede.
 Amén.*

P: Oremos. Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tu Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente el fruto de tu redención.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T: Amén.

Quien preside da la bendición con el Santísimo Sacramento

Aclamaciones

Un lector entona y la asamblea repite

1. Bendito sea Dios.
2. Bendito sea su Santo Nombre.
3. Bendito sea Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre.
4. Bendito sea el Nombre de Jesús.
5. Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
6. Bendito sea su Preciosísima Sangre.
7. Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
8. Bendito sea el Espíritu Santo Consolador.
9. Bendita sea la Santa Madre de Dios, María la Santísima.
10. Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
11. Bendita sea su gloriosa Asunción.
12. Bendito sea el Nombre de María Virgen y Madre.
13. Bendito sea San José su castísimo esposo.
14. Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Mientras se repone el Santísimo Sacramento en el sagrario se puede entonar un canto.

Antífona mariana

Salve, Regina,

Mater misericordiae,

vita, dulcedo et spes nostra, salve.

Ad te clamamus, exsules filii Evae.

Ad te suspiramus gementes et flentes

in hac lacrimarum valle.

Eia ergo, advocata nostra,

illos tuos misericordes oculos ad nos converte.

Et Iesum, benedictum fructum ventris tui,

nobis, post hoc exsilium, ostende.

O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!



PROPUESTAS DE VIGILIAS DE ORACIÓN PARA LAS COMUNIDADES

SEGUNDA VIGILIA DE ORACIÓN

NOSOTROS HEMOS CONOCIDO EL AMOR QUE DIOS NOS TIENE Y HEMOS CREIDO EN ÉL

El lugar donde se reúne la asamblea se encuentra en penumbra. En el centro se coloca un crucifijo, bien iluminado. Antes de comenzar la procesión de entrada, una voz en off, acompañada de alguna melodía instrumental, lee el texto de la Primera carta de San Juan.

VOZ EN OFF

«En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. Pero si uno tiene bienes en el mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras». (1Jn 3,16-18)

Se hace una breve pausa en silencio.

Se encienden todas las luces del lugar y comienza la procesión de ingreso.

Canto

Saludo

P: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

T: Amén.

P: El Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ama y conduce la historia con la acción de su gracia, esté con todos vosotros.

O, si preside el Obispo:

P: La paz esté con vosotros.

T: Y con tu espíritu.

L: *Del mensaje del santo Padre Francisco para la I Jornada mundial de los pobres (n.6)*

Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la Jornada Mundial de los Pobres, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. [...] Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial.

P: Queridos hermanos: Con estas palabras el Papa Francisco nos invita a orar, y así lo hacemos en esta vigilia, para aprender del Señor a tocar con la mano *su carne* en los pobres.

Se hace una breve pausa en silencio.

P: Oremos.

¡Oh, Dios!, fuente de toda comunión,
Nadie puede ofrecer nada a los hermanos
si antes no comulga contigo;
danos tu Espíritu, vínculo de perfecta unidad,
para que nos transforme en la nueva humanidad,
libre y unida en tu amor.

Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo que es Dios y contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

T: Amén

C: Podemos sentarnos.

1. Es Él quien nos ha amado

LA PALABRA DE DIOS

L: *Escuchad la palabra de Dios de la Primera carta de San Juan apóstol (4,10-16)*

Queridos hermanos: En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos ha amado, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Ninguno vio jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios está en nosotros, y su amor es perfecto en nosotros: En esto conocemos que estamos en Él, y Él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo para ser Salvador del mundo. Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en Él, y Él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios en Él.

LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

L: *Del mensaje del santo Padre Francisco para la I Jornada mundial de los pobres (n.1)*

La seriedad con la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las palabras vacías presentes a menudo en nuestros labios y los hechos concretos con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres.

Gesto: El perfume

Mientras suena de fondo música instrumental, se trae al centro de la asamblea un frasco con perfume, por ejemplo de nardo, y se coloca al lado del crucifijo.

C: De pie.

Algunos jóvenes se dirigen ante el presidente, quien les entrega pequeños recipientes de perfume diciendo:

P: Amado como Cristo nos ha amado y vuestro corazón esparcirá su perfume.

Mientras prosigue la música instrumental, los jóvenes vuelven al puesto y hacen pasar los frasquitos de modo que cada participante pueda verter un poco en sus manos.

Terminado el gesto, el presidente recita la siguiente oración:

P: Dios omnipotente, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Tú nos has liberado del pecado y nos has hecho renacer del agua y del Espíritu Santo, haciéndonos formar parte de tu pueblo; conságranos con el óleo de la salvación,

para que, injertados en Cristo, sacerdote, profeta y rey, podamos esparcir siempre su buen perfume y el mundo crea en ti.
Por Cristo nuestro Señor.

T: Amén

C: Podemos sentarnos.

2. Si grita el pobre, el Señor lo escucha

LA PALABRA DE DIOS

L: *Escuchad la palabra de Dios de la Carta de Santiago apóstol (2,5-6. 14-17)*

Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis ultrajado al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen e incluso os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros le dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro.

Salmo responsorial*(Del Salmo 34)***T: Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha**

1L: Bendigo al Señor en todo tiempo,
sin cesar su alabanza en mi boca;
mi alma se gloría en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.
Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todos mis temores. **R/.**

2L: Los que lo miran quedarán radiantes,
no habrá sonrojo en sus semblantes.
Si grita el pobre, el Señor lo escucha
y lo salva de sus angustias.
El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el hombre que se acoge a él.. **R/.**

3L: Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada.
Venid, hijos, escuchadme:
os instruiré en el temor del Señor;
¿hay alguien que ame la vida
y desee días de prosperidad? **R/.**

4L: Guarda tu lengua del mal,
tus labios de la falsedad;

apártate del mal, obra el bien,
busca la paz y corre tras ella.
Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos escuchan sus gritos;
pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria. **R/.**

5L: Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias;
el Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
Aunque el justo sufra muchos males
de todos lo libra el Señor;
él cuida de todos sus huesos,
y ni uno solo se quebrará. **R/.**

6L: La maldad da muerte al malvado,
y los que odian al justo serán castigados.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. **R/.**

Gesto: El pan

Se traen al centro del presbiterio algunos cestos llenos de pan y se presentan a la asamblea.

El presidente dice:

P: El Papa Francisco nos recuerda en su mensaje: «No hay que olvidar que el Padre nuestro es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con esta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que

pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El Padre nuestro es una oración que se dice en plural: el pan que se pide es “nuestro”, y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común».

C: De pie.

El presidente pronuncia la oración de bendición:

P: Bendito seas Tú, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que nutres el mundo entero con tu bondad, tu gracia, tu firme amor y tu misericordia. «Tú ofreces alimento a todo viviente porque es eterna tu misericordia». Por tu gran bondad los alimentos nunca nos han faltado; que no nos falten jamás por el honor de tu gran nombre, pues Tú nutres y sustentas a todos los seres y haces bien a todos, y provees alimento a todas tus criaturas que Tú mismo has hecho. Bendito sea tu Nombre en la boca de todo vivientesiempre, en el tiempo y en la eternidad, como está escrito: «Cuando comas y sacie su hambre, bendecirás al Señor, tu Dios, por la tierra buena que te ha dado». Bendito seas, Señor, por la tierra y el alimento.

T: Bendito seas, Señor Dios nuestro, que das alimento a todos.

Los cestos con el pan se dejan al pie del altar para retomarlos al final de la vigilia.

C: Podemos sentarnos.

3.

Tocar con la mano la carne de Cristo

LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

L: *Del mensaje del santo Padre Francisco para la I Jornada mundial de los pobres (n.3)*

Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles.

SÚPLICA COMUNITARIA DE PERDÓN

P: Dirijamos al Señor un grito de súplica, invocando para nosotros piedad y misericordia por las veces que hemos generado e ignorado situaciones de pobreza. Invoquemos diciendo:

T: Kyrie, Kyrie eleison.

L: Por los rostros marcados por el dolor, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la marginación, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por el abuso de poder, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la violencia, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por las torturas, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por el encarcelamiento, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la guerra, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la privación de la libertad, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados en su dignidad, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la ignorancia, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por el analfabetismo, te imploramos.
R/.

L: Por los rostros marcados por la emergencia sanitaria, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la falta de trabajo, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la trata y las esclavitudes, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por el exilio, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la miseria, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros marcados por la migración forzada, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros de mujeres, hombres y niños explotados para viles intereses, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros atropellados por las lógicas perversas del poder, te imploramos. **R/.**

L: Por los rostros atropellados por las lógicas perversas del dinero, te imploramos. **R/.**

Gesto: Las manos

Mientras se entona un canto penitencial se sube al presbiterio, a los pies del crucifijo, para hacer un gesto de veneración con los manos.

Canto

Luego del canto el Presidente invita a intercambiar un gesto de paz.

P: Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: “La paz os dejo, mi paz os doy”, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T: Amén.

P: La paz que es un don del Señor esté siempre con vosotros.

T: Y con tu espíritu.

P: En el amor de aquel que nos ha amado, intercambios un gesto de paz.

ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

P: «A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre, en el que todos se reconocen como hermanos» (*Papa Francisco*). Por eso oremos juntos diciendo: **Padre nuestro...**

BENDICIÓN

P: Oremos.

Padre, Tú eres un Dios humilde y bueno,
un Dios que escoge los pequeños y los débiles
para confundir a los grandes y potentes,
siempre atento a la suerte de los justos:
aunque si no siempre comprendemos,
nosotros pedimos que se te cante
porque te has revelado en tu Hijo
como liberador de los pobres;
y concédenos también estar atentos
a tu comportamiento en la historia,
y a como quieres que tu obra de liberación
se continúe gracias a los pobres de todo el mundo.
Por Cristo nuestro Señor.

T: Amén.

P: El Señor esté con vosotros

T: Y con tu espíritu.

P: El Dios de todo consulo disponga vuestros días en su paz
y os otorgue el don de su bendición.

T: Amén.

P: Que él os libre de toda perturbación y afiance vuestros corazones en su amor.

T: Amén.

P: Para que, enriquecidos por los dones de la fe, la esperanza y la caridad, abundéis en esta vida en buenas obras y alcancéis sus frutos en la eterna.

T: Amén.

P: Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

T: Amén.

P: Podéis ir en paz para amar y servir al Señor.

T: Demos gracias a Dios.

Canto

Al término de la vigilia, a la salida se entregará el pan bendito para que sea consumido en clima de fraternidad con la comunidad.

El Logo de la Jornada Mundial de los Pobres



La dimensión de la reciprocidad se ve reflejada en el logo de la Jornada Mundial de los Pobres. Se nota una puerta abierta y sobre el umbral dos personas que se encuentran. Ambas extienden la mano; una para pedir ayuda, la otra porque quiere ofrecerla. En efecto, es difícil comprender quién de los dos sea el verdadero pobre. O mejor, ambos son pobres. Quien tiende la mano para ayudar está invitado a salir para compartir. Son dos manos tendidas que se encuentran donde cada una ofrece algo. Dos brazos que expresan solidaridad y que incitan a no permanecer en el umbral, sino a ir a encontrar el otro. El pobre puede entrar en la casa,

una vez que en ella se ha comprendido que la ayuda es el compartir. En este contexto, las palabras que el Papa Francisco escribe en el Mensaje se cargan de un profundo significado: “Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «de prontos»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.” (n. 5).

PROPUESTAS PASTORALES

ALGUNAS IDEAS PARA VALORIZAR LA JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

- Cada diócesis (y comunidad religiosa) podría organizarse para llevar contemporáneamente a todos los lugares de sufrimiento y de marginación un mensaje de paz y de proximidad, de modo que se pueda sentir al mismo tiempo la unidad de la Iglesia a través de la centralidad de los pobres. En particular, pensar a lugares como comedores, casas de acogida, cárceles, hospitales, casas de reposo, comunidades terapéuticas, etc., para que en esta Jornada la palabra del papa pueda llegar a todos en el mismo momento.
- En esta Jornada, cada comunidad religiosa puede emprender una iniciativa como: llevar la compra a familias necesitadas, ofrecer una comida a los pobres, adquirir y distribuir elementos para ancianos no autosuficientes, donar un medio de transporte a un hogar de niños, alimentar el fondo de la Cáritas o de la pastoral social en favor de las familias necesitadas, etc.
- Cada diócesis en esta Jornada determina una *obra-signo* en favor de los pobres, que pueda ser realizada a lo largo del año y puesta en conocimiento del Santo Padre.

OBJETIVOS

“¿Soy yo el guardián de mi hermano?”

Darse cuenta de la presencia de los pobres que están junto a nosotros. Más que ser los últimos, los excluidos, los diversos, ellos son el testimonio de la proximidad del Reino de Dios que nos interpela.

Conocer el prójimo no sólo para respetarlo en sus diversidades, sino para dejarnos confrontar por él. ¿Quiénes son “los pobres” hoy y dónde se encuentran si pienso en el territorio en el que vivo? Conocer la pobreza para tratar de encontrar modos de compartir; y **crear relaciones**.

Favorecer una cultura que considere los bienes materiales como “dones” que se deben redistribuir y así poder ejercer la **justicia económica**. De frente a las injusticias del mundo, a la inequidad en la distribución de los recursos, al colocar el beneficio individual en el punto más alto de la escala de valores, el cristiano no puede quedarse callado. Como tampoco puede permanecer en silencio delante a los modelos de desperdicio, de consumismo, de acaparamiento insaciable, de la explotación de los recursos naturales; mucho menos de frente a algunas decisiones económicas que esclavizan los pueblos y reducen enteras naciones a la miseria.

PROPUESTAS

“El Señor me condujo a ellos y les hice misericordia”

Las propuestas pueden estructurarse sobre dos horizontes, uno cultural y otro pastoral “de misericordia”.

Horizonte cultural

- encuentros preparatorios que permitan poner en el centro de esta Jornada el encuentro con los rostros de los pobres, que nos invitan a salir y a encontrarlos, y que permitan acompañarlos *desde* el “borde” o el “margen” en el que con frecuencia son confinados *hacia* el interior (el corazón) de la comunidad (ver el logo).
- conocer los pobres y las nuevas formas de pobreza (económica, social, humana), mediante encuentros con los responsables de asociaciones que trabajan en estos ámbitos, en el territorio donde vive la comunidad eclesial;

- conocer a través de testimonios y encuentros con los pobres sus historias de vida; compartirlas en un clima fraterno sin crear pietismo y evitando que sean vistos como “bichos raros”;
- proponer encuentros con representantes de la vida económica, especialmente con quienes propugnan una economía de comunión y la justicia económica.
- encuentros con las realidades locales que ponen en práctica, en las propias empresas, una economía de comunión o de solidaridad.

Horizonte pastoral “de misericordia”

- dirigirse con los representantes de asociaciones a los lugares físicos donde viven los pobres o a las sedes de las instituciones que los acogen, para comprender cuáles son sus necesidades y en qué modo o en cuál ámbito se puedan construir relaciones humanas que promuevan la persona y su dignidad;
- crear vínculos de conocimiento-confianza con los pobres del territorio, procurando incluirlos e involucrarlos cada vez más en la vida de la comunidad;
- descubrir eventuales oportunidades para ofrecerles instrumentos útiles que les permitan ganar en sentido de pertenencia eclesial y social.

La semana de preparación a la Jornada mundial de los pobres puede ser la ocasión para esparcir semillas que madurarán con el tiempo. Se trata de iniciar un camino, actualmente impostergable, que nos permita responder en modo diverso a la pregunta que Dios dirigió a Caín: «¿Dónde está tu hermano?» (cfr. Gn 4,1-16), asumiendo el cuidado de nuestros hermanos, de modo personal y comunitario.

SANTOS Y BEATOS DE LA CARIDAD DEL SIGLO XX Y XXI





San Luigi Guanella
(1842 – 1915)
«...hacer la caridad es hacerla a Dios,
cuyos hijos predilectos son los pobres»



Santa Teresa de Calcuta
(1917 – 1980)
«La vida ha sido hecha para amar
y para ser amados»



San Maximiliano María Kolbe
(1894 – 1941)
«Solo el Amor crea; el odio destruye»



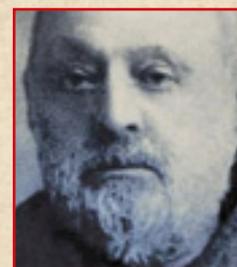
San Alfonso María Fusco
(1830 – 1910)
«¡Quisiera que también mi sombra
pudiera hacer el bien!»



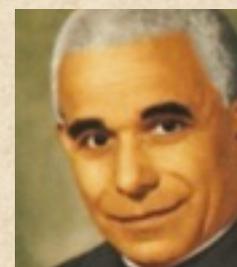
San Felipe Smaldone
(1848 – 1923)
«El amor debe estimular a una acción cada
vez más amplia, más vasta y comprometida»



Santa Giulia Salzano
(1846 – 1929)
«Amar y hacer que Cristo sea conocido»



San Alberto Chmielowski
(1845 – 1916)
«Hay que ser buenos como el pan...
que cada uno pueda tomarlo para satisfacer
su propia hambre»



San Luigi Orione
(1872 – 1940)
«Nuestra caridad no cierra puertas»



Santa Katharine Mary Drexel

(1858 – 1955)

«Si queremos servir bien a Dios y al prójimo, debemos manifestar nuestra alegría en el servicio que les prestamos»



San María Elisabetta Heseblad

(1870 – 1957)

«Id al Cielo con las manos llenas de amor»



Santa Enriqueta Alfieri

(1891 – 1951)

«La caridad es un fuego que mientras quema ama expandirse»



San Alberto Hurtado

(1901 – 1952)

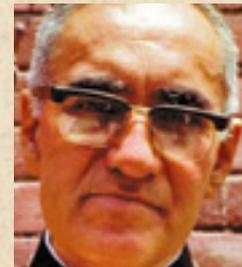
«La suerte de mi prójimo más pobre me interesa, porque yo soy su hermano»



Beato Luigi della Consolata

(1922 – 1977)

«Me siento un pobre; mejor, si los pobres son mis patronos me siento muy afortunado de ser su servidor»



Beato Oscar Arnulfo Romero

(1917 – 1980)

«Queremos hombres que sepan decir sí a la justicia, no a la justicia, y que sepan usar el bien precioso de la vida»



Beato Engelmar Unzeitig

(1911 – 1945)

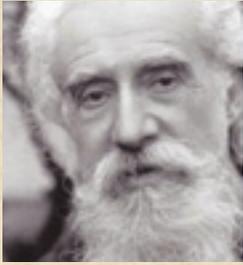
«El amor duplica nuestras fuerzas, nos vuelve fantasiosos, contentos, libres»



Beato Odoardo Focherini

(1907 – 1944)

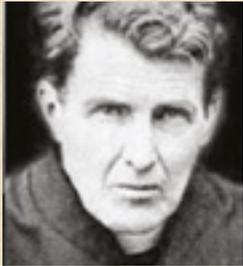
«Yo hago lo que puedo. Donde no alcanzo a llegar, Dios llega. Porque trabajo para él, permanece comprometido en ayudarme»



Beato Vladimir Ghika

(1873 – 1954)

«El pobre ve venir a Cristo hacia él bajo la especie de aquel que lo socorre, y el benefactor ve aparecer en el pobre al Cristo sufriente, ante el cual él se inclina»



Beato Giovanni Sullivan

(1830 – 1910)

Era muy querido y buscado como un padre por parte de los pobres y necesitados.



Beato Stanley Ablas Rother

(1935 – 1981)

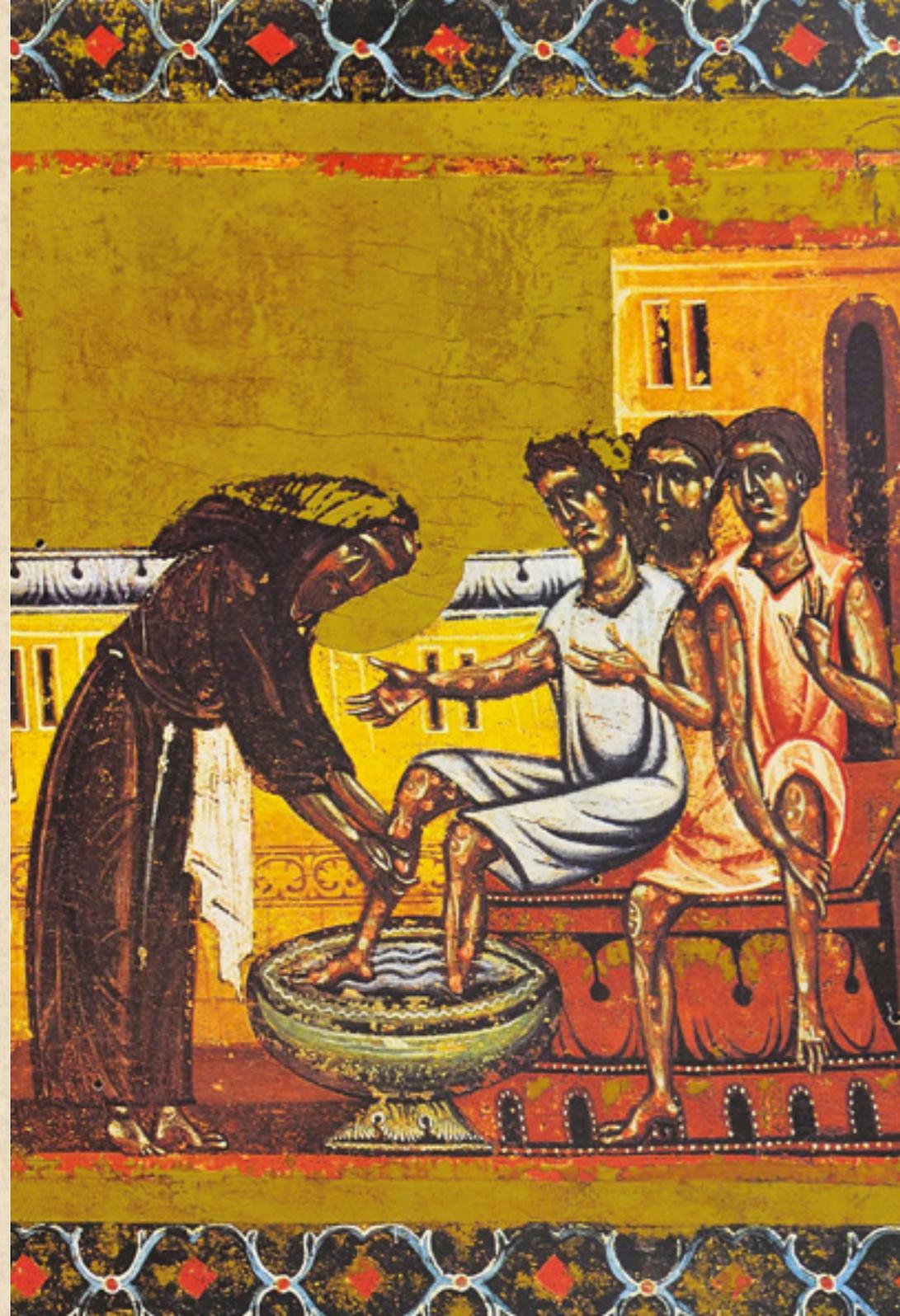
«Orad por nosotros, para que podamos ser un signo del amor de Cristo para nuestro pueblo»



Beata Hildegard Burjan

(1883 – 1933)

«En los pobres y sufrientes veía el rostro de Jesús y me daba sed de justicia»



ÍNDICE

5

PRESENTACIÓN

de S.E.R. Mons Rino Fisichella
*Presidente del Pontificio Consejo
para la Promoción de la Nueva Evangelización*

9

MENSAJE DEL SANTO PADRE
para la I Jornada Mundial de los Pobres

18

HOMILÍA DEL SANTO PADRE
para el Jubileo de las personas socialmente excluidas

23

PROPUESTAS PARA LA LECTIO DIVINA

23

La fe sin las obras está muerta

31

No amemos de palabras sino con obras

37

Si grita el pobre, el Señor lo escucha

49

PROPUESTAS DE VIGILIAS DE ORACIÓN PARA LAS COMUNIDADES

49

Hijos míos, no amemos de palabra y de boca,
sino de verdad y con obras

71

Nosotros hemos conocido
el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él

83

EL LOGO
de la Jornada Mundial de los Pobres

84

PROPUESTAS PASTORALES

87

SANTOS Y BEATOS DE LA CARIDAD
del Siglo XX y XXI





No amemos de palabra
sino con obras

2017

*«Benditas las manos que se abren
para acoger a los pobres y ayudarlos:
son manos que traen esperanza».*

Francisco